

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los *Estatutos*.)

Domicilio: Calle de Francisco Giner, 14

El BOLETIN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual: 10 pesetas en la Península y 20 pesetas en el Extranjero.—Número suelto, 1 peseta.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.

AÑO LIX.

MADRID, 30 DE SETIEMBRE DE 1935.

NUM. 905.

MANUEL BARTOLOMÉ COSSÍO

Haro, 22 de febrero de 1857.—Collado Mediano, 1.º de setiembre de 1935.

EL SEÑOR COSSÍO

El Sr. Cossío ha muerto. Se extinguió su vida en aquella Sierra tan amada, ante las rastrojeras y los dilatados horizontes, a la vista del Escorial, que él admiraba "como el más perfecto símbolo de la Historia de España y de su arte". Se extinguió su vida con la misma majestad y serena grandeza con que se pone el sol en estos campos de Castilla, cuya belleza tan hondamente sintió.

Se dirá mucho de su persona y de su obra; hasta los fariseos la encomiarán; pero el hosanna, el cántico verdadero y profundo a su memoria, ése es el que vienen entonando desde hace muchos años, natural y espontáneo, ingenuo y sencillo, sus discípulos niños y adolescentes, hombres maduros y viejos, con su amor y sus alabanzas.

Esa veneración, esa ternura, esa admiración, ese verdadero anhelo que nosotros todos hemos sentido por el Sr. Cossío, ésa es la palabra más justa y firme que acerca de él se ha de pronunciar. Haber poseído una fuerza espiritual de potencia ig-

norada, invisible, pero tan grande, que ha encendido en amor a él y en amor a su ideal a cientos de discípulos, es la excelsa originalidad del Sr. Cossío.

¿Qué tenía este hombre? ¿Qué hacía? Tenía fe en el ideal, en la fuerza lenta e íntima de la idea sobre el espíritu, en la fuerza de la persuasión, en la transformación evolutiva profunda, frente a la imposición formalista y artificiosa de la coacción. El señor Cossío odiaba la violencia. Tenía pureza absoluta, tenía amor. Fe a toda prueba, pureza a toda prueba, amor sin límites. Fe tal, que nunca, ante dolores, contrariedades y desengaños, le asaltó la trágica duda que asaltó en sus últimos momentos a Don Quijote cuando decía: "La verdad es que yo no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos, no sé lo que logro con mi esfuerzo". El Sr. Cossío tenía fe ciega en su obra, la convicción profunda, esencia de su personalidad, de que su vida era para realizar esos trabajos y esos esfuerzos.

El Sr. Cossío, humano, debía tener sus imperfecciones y defectos. Es posible. Nosotros, sus viejos íntimos discípulos, no lo sabemos ni lo hemos sabido nunca. Nuestro

cariño, como una lente tallada en nuestro trato, nos habrá hecho ver lo que no permiten ver la frialdad ni la indiferencia, pero no ha creado sus cualidades y virtudes. El las tenía; nosotros no hemos hecho más que verlas.

El tipo de hombre y vida del señor Cossío es el tipo representativo del apostolado, de la abnegación, de la consagración total de la vida a los grandes motivos: la verdad y el amor a los demás. Los que le hemos conocido íntimamente durante años y años, no hemos sorprendido nunca en su vida un solo momento que no haya sido vivido en atención a un fin superior, siempre generoso, absolutamente desinteresado. Su *hacer* no ha sido nunca, ni en el acto más trivial, ni en el momento más fugaz, un hacer extraño o indiferente a sí mismo, a su esencia: su personalidad, su ser, se ha vertido constantemente en todos sus actos, sin contradecirse nunca el acto realizado con la esencia del ser que lo realizaba. En una palabra: la vida del señor Cossío es una vida que no ha conocido nunca la *frivolidad*; es una vida *religiosa*, fervorosa, como sólo puede ser la del que cree en lo trascendental y vive en función de ello.

Al morir el Sr. Cossío, llevamos los viejos discípulos cerca de sesenta años tratándole día por día y casi hora por hora. Son muchos años, ¿no es verdad? Pues en todos ellos no hemos visto nunca a este hombre que fué risueño y alegre, mientras la Providencia le permitió serlo, amable, dulce, afectuoso y sencillo siempre, dejar de vivir en *serio*, de hacer lo grande y lo nimio, lo que los demás clasificamos en trascendental y trivial, todo como algo sagrado.

Para él era todo trascendental. No será nadie capaz de señalar un acto del señor Cossío, por insignificante que sea, que no haya sido realizado con toda la seriedad, con toda el alma, para hacerlo bien, como el acto más grave y solemne.

No conozco una sola carta del Sr. Cossío, la más trivial esquela, que no esté escrita con la más hermosa letra, con la más escrupulosa redacción; no le hemos

visto nunca en un momento de abandono en la intimidad amistosa, en la conversación, en el juego; nadie le habrá oído una clase o una conferencia en la que no vertiera todas las facultades de su mentalidad, nadie le habrá sorprendido en un acto de flaqueza, de egoísmo, de ira.

He visto correr la vida del Sr. Cossío al lado de la del hombre más grande, con mucha distancia sobre los demás hombres grandes que yo he conocido, que no han sido pocos, al lado de la vida de D. Francisco Giner, que por su vigor intelectual, su energía moral, su voluntad, hasta por su gracia, ha sido un hombre genial. Y, no obstante, el Sr. Cossío, por su serena bondad, por la nobleza generosa, la abnegación, la delicadeza espiritual, el fuego de su amor, no desmerecía en nada a su lado. Don Francisco era un genio, algo grandioso, pero el Sr. Cossío era el hombre ideal, "un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas". Era el hombre que ha podido llegar a tener conciencia de su saber, de la obra que ha realizado, pero que ha muerto ciertamente sin percatarse de la intensidad de su perfección moral, porque ella era algo tan íntimamente fundido con su ser, tan innato, que no podía percibirlo. Este hombre ha tenido una naturaleza moral tan sana, que aunque hubiera querido, no hubiera podido contrariarla; no podía cometer acción teñida con la más tenue sombra de maldad.

La íntima unión espiritual del Sr. Cossío con D. Francisco es de una complejidad y de una delicadeza de matices extraordinarias. Toda la pasión del amor filial más acendrado, toda la veneración del devoto, la admiración del discípulo, la confianza íntima del amigo, la compenetración del cofrade, la fusión en un ideal común, la labor coordinada para un fin. Pero la personalidad dominante y avasalladora de D. Francisco no borró nunca, ni desdibujó siquiera en lo más mínimo, los trazos vigorosos y acentuados de la personalidad del Sr. Cossío. No se parecieron en nada, eran dos tipos opuestos de hombre, y se completaron para todo. Y es algo misterioso cómo un espíritu puede tomar tanto de otro como

el Sr. Cossío tomó de D. Francisco, y que ese mismo hecho, en lugar de confundirlos, sirviera para depurar más y más y robustecer su personalidad y modo de ser natural...

Tan se completaron, que D. Francisco Giner, el alma mejor templada, la personalidad más vigorosa, el carácter enérgico, la voluntad férrea, tenía su debilidad: no podía vivir sin Cossío, ni para lo grande ni para lo chico. Cossío era su creación, era su otro yo, y sin parecerse en nada y acaso por eso mismo, era la encarnación viva de su ideal humano. Si a don Francisco le hubieran preguntado: ¿Si usted no fuera usted, quién querría usted ser?, yo estoy seguro de que hubiera contestado sin vacilar: Cossío.

Sus vidas aparecen paralelas, porque caminaron juntas; pero fueron más que paralelas, porque fueron coincidentes para realizar una obra común, que no se hubiera realizado como se realizó sin el concurso de uno de ellos. La Institución fué obra creada por D. Francisco; él sólo la hubiera sostenido; pero la Institución, como obra educadora, no hubiera sido lo que ha sido sin el fecundo taller de la escuela primaria, y ésta no hubiera podido existir sin el señor Cossío, que fué su alma.

Porque el Sr. Cossío no podía ser más que lo que ha sido desde muy joven, casi un niño: maestro. Maestro, que es el que realiza la función más delicada, más elevada que puede realizar un hombre. Maestro es el espíritu generoso, altruísta por excelencia, que se olvida de sí mismo para vivir en los otros. Es el artista de almas humanas que da su propia vida a su obra, que es obra de carne y hueso. Es el hombre que aprende para que otros aprendan, que piensa para hacer pensar, que acrisola un ideal moral para inculcarlo a los demás, para quien el goce y el recreo espiritual no existen sino compartidos con los discípulos. En una palabra, que vive, no para ser él, sino para hacer que otros sean. Así lo hizo hasta sus últimos instantes el Sr. Cossío, que se entregó a la labor educadora en cuerpo y alma desde mozo, con una fe, con un entusiasmo, con una perse-

verancia, con un candor, con una generosidad, con una paciencia, con una delicadeza, con una vocación, con un gozo, en fin, que han hecho de su vida una vida de religiosidad en el sentido más alto e ideal de la palabra. Y el Sr. Cossío estimaba tan excelsa esa misión del maestro, que se impuso a sí mismo las mayores exigencias morales e intelectuales para realizarla, que toda preparación le parecía escasa y todo esfuerzo liviano, y quiso tener y tuvo la formación más selecta, la más alta cultura, para entregarla entera a chiquillos y adolescentes.

Se anticipó, dando su propia persona, a lo que hoy parece ideal utópico que alborea en el mundo de la pedagogía: la educación del niño no puede ser la obra rudimentaria de hombres vulgares; debe ser, por el contrario, la obra exquisita, delicada, quintaesenciada, de los espíritus más selectos que se consagran a ello como a un sacerdocio.

Firme en esta idea, el Sr. Cossío decía siempre: "El mejor maestro, para la última aldea", y en sus últimos años, en la obra de Misiones, todo su afán y preocupación, en este mismo sentido, era llevar a las pobres almas abandonadas y perdidas un rayo de luz. El alto sentido humano, la profundidad pedagógica de este anhelo no ha podido ser comprendido por todos.

Espíritu tan exquisito y tan sensible como el del Sr. Cossío había de tener por fuerza, después de su congénita vocación educadora, la pasión contemplativa de lo bello en el arte y la naturaleza. Sentía el paisaje y sentía el arte como nadie, y como él no guardaba nada para sí, los hizo sentir y educó en su amor a varias generaciones, que no nos cansaremos de bendecirle por los horizontes que abrió a nuestros espíritus y los goces que con sus enseñanzas nos proporcionó de momento y para toda nuestra vida.

Resultaba una conjunción tan feliz y tan extraordinaria de su espíritu educador y su amor al arte, que sus lecciones de Historia han sido una obra tal, que si se conservaran como cosa tangible y visible, maravillarían a las gentes. Todos los que, gracias a él, hemos llegado a tener gusto por el Arte hemos seguido, escuchado y leído

lecciones de hombres españoles y extranjeros de verdadero valer. Al lado de las lecciones del Sr. Cossío en los Museos de Madrid, todo es pálido. Tenía una facultad admirable para hacer las grandes síntesis de la historia, para animar con una vida ideal las obras artísticas, para darles el valor representativo que les correspondía en el cuadro general de la historia, *sentía las ideas* y las convertía en emociones, y con una palabra ardiente, fogosa, incorrecta a fuerza de sentida, quizá algo barroca a fuerza de exagerada para ser más convincente y despertar y sacudir el alma de los chicos para abrirla a la emoción estética, iba quitando vendas de nuestro cerebro y llegaba a iluminarlo. Al acabar esas clases, éramos felices, vibrábamos de emoción, nos sentíamos más inteligentes, hasta nos teníamos por más nobles y mejores.

¡Y aquellas lecturas en las que ponía al servicio nuestro su enorme cultura literaria, su gusto exquisito, su refinamiento, recitándonos lo más selecto de la poesía española, de la francesa o de la italiana, con su voz llena de armonía, con toda la gama de matices, desde el más suave y más dulce, triste y dolido, con que recitaba las elegías de Ruiz Aguilera, hasta la voz tonante con que declamaba las odas de Quintana!

¡Qué privilegio el nuestro!

Nosotros los viejos, los antiguos discípulos, no sabemos acabar cuando hablamos del maestro. ¡Cuánta observación, cuánto detalle, cuánto recuerdo! En nuestras almas vivirá siempre, como estampado con fuego, el de aquel mozo que cuando nosotros éramos unas criaturas nos acogía con el cariño y la dulzura de una madre, con paciencia infinita, con bondad sin medida, que se afligía con nuestras maldades, feliz con nuestras gracias y aciertos.

El Sr. Cossío fué la más feliz combinación humana. Su semblante lo revelaba en notable contraste. Su pelo rubio y sus ojos azules, su sonrisa, el óvalo apuntado de su cara, su barba escasa y suave eran expresión de candor y de dulzura. Pero su nariz grande y acaballada, su mirada penetrante expresaban un valor y una ener-

gía indomables. Era austero y severo como los campos de Castilla, donde vivió; era dulce y risueño como los valles de la Montaña, cuna de sus antepasados.

Su obra escrita, pensada y repensada, corregida y pulida, correcta, de sabor castizo, clásico, serena, en contraste con su exuberante palabra hablada, no ha sido mucha, pero ha sido muy valiosa; su obra educadora, esa imponderable, pero que no se disipa, como la gente dice, sino que está hecha carne en sus discípulos y en los que creen que no lo son y en los que no quieren serlo y lo son, aunque no quieran, su obra educadora ha sido enorme y grandiosa, pero si no hubiera hecho ni la una ni la otra, si no hubiera podido plasmar en obra concreta su ser, siempre, activo o pasivo, haciendo más o haciendo menos o no haciendo nada tangible y apreciable, siempre, teniendo sus cualidades, sus facultades y sus virtudes; siempre, sólo por ser como era, maravillosa combinación de elementos espirituales, hubiera sido digno de aquellas palabras del gran poeta:

“Su vida fué noble: y las virtudes combinadas en él de tal suerte, que la Naturaleza puede erguirse y decir al mundo: “Este era un hombre.”

JUAN UÑA.

Antiguo Alumno de la Sección 5.^a

8 setiembre 1935.

PALABRAS DE DON MANUEL B. COSSÍO

A LOS PUEBLOS DEL VALLE DE LACEANA Y LAS BABIAS, CON MOTIVO DE INAUGURARSE UNA FUENTE PÚBLICA, ERIGIDA EN HOMENAJE A

SIERRA PAMBLEY

(Son éstas las últimas cuartillas que escribió el Sr. Cossío, muy pocos días antes de morir. Con sencilla satisfacción, porque, contra lo que él acostumbraba, apenas había hecho en ellas correcciones, las leyó a dos íntimos que llegaron a verlo, unas horas después de terminadas. Todavía, en medio de su pesadumbre por haber tenido que re-

nunciar al soñado viaje a León, brotaban en él ráfagas de esperanza, y su vigoroso espíritu trazaba planes para otro año, al calor de una efímera mejoría.)

Amigos y admiradores de Don Paco:

Sin juramento me creeréis que ha sido para mí profunda pena renunciar a la ilusión que venía alimentando hace meses de volver a las escuelas, después de cinco años de ausencia, por la enfermedad que me tiene postrado, en el día tan grato de la inauguración de esta fuente. Ya tendré que resignarme a suprimir esta alegría, y mis queridos compañeros habrán de resignarse también con pena—yo lo sé—a no verme a su lado, cuando magníficamente lleven en ese momento la representación del Patronato. Con ellos ahí presentes huelgan estas palabras; y no os las enviaría si no fuera porque la fraternal amistad que con ellos me une a esto me autoriza; y si no fuera, además, porque sospecho que vosotros, sabiendo que si el cuerpo está flaco, el espíritu no está por completo nublado, extrañaríais que no os expresase yo en esta ocasión, directa y personalmente, mi saludo cordial y mi agradecimiento.

Dos aciertos habéis tenido al consagrar esta fuente a la memoria de Don Paco Sierra. Para explicaros el primero, tengo que echar mano, como viejo, de mis recuerdos. Dentro de poco, el primero de noviembre, hará cincuenta años—medio siglo—que a las once de la noche se apeaban en Río Oscuro, donde entonces concluía la carretera, de un carricoche en el que habían salido de León al amanecer, cuatro personas: el fundador, dos grandes amigos suyos, egregios profesores de la Universidad y gloria del país, y un mozo, discípulo de ambos, que, profesor también en ciernes, no fué nunca otra cosa que aprendiz de maestro. Con un farol y a pie hicieron el camino vecinal a Villablino y entraron rápidos en la cocina de Don Paco, porque la nieve, según vuestro refrán, no estaba a las puertas, pero sí en los altos. De aquella cocina ya no salieron más que para enterarse de lo que creían necesario a sus propósitos. En aquellos esca-

ños, al amor de aquel fuego, proyectaron, meditaron y resolvieron. Y al partir, a los pocos días, para Río Oscuro y León, en la misma forma, sin ruido alguno, sin que nadie lo advirtiera, habían creado en Villablino una fuente.

La sencillez de la figura os la hace comprender a todos fácilmente. En aquella cocina y en aquellos días se crearon las escuelas, que son siempre fuente de bienes morales imponderables. Don Paco creó esta fuente espiritual en el país, y el país acierta consagrandole a su memoria una fuente. Y por ello debe felicitarseos.

Pero hay más todavía; hay el segundo acierto. Todos sabemos que la fuente, cuando excede concretamente de su sentido genérico de origen, no es sólo el agua; no es el arroyo ni el manantial; es el agua intervenida por la acción humana para el servicio y bienestar del hombre. Poned una simple teja en agua que se pierde, y habéis hecho una fuente; pero hay que ponerla. En el pensamiento y en la historia este sentido de inmediata utilidad práctica, que con vaguedad acompaña a la fuente, se ha ido cada día definiendo y concretando con mayor energía. En la Biblia, el Señor, cuando quiere favorecer a sus servidores, les regala una fuente; en la canción popular, las fuentes son claras y serenas; en los ingenuos poetas medievales, son frescas en verano y en invierno calientes; en las leyendas y tradiciones, son santas y sagradas. Todos, servicios de carácter práctico, el cual se acentúa con los tiempos hasta llegar a considerarse la fuente y la abundancia de fuentes como la primera condición para el bienestar de la vida individual y pública, bienestar sintetizado en una palabra que abarca armoniosamente el perfecto funcionamiento biológico. Esta palabra es la salud. ¿Hay algo más práctico y útil que la salud? Este concepto ha presidido en la época de los gobiernos filántropos, y nada se ha multiplicado tanto entonces en los pueblos y ciudades como las fuentes. Vosotros los leoneses sois un modelo en ello. Vuestra capital fué convertida por vuestros filántropos en ciudad de las fuentes. Y recordad

lo que tan bellamente dicen todas ellas: "Para la salud del pueblo y ornato de la ciudad".

Y en esto ha consistido vuestro segundo grande acierto. Porque Don Paco era rigurosamente un filántropo, heredero espiritual de los filántropos leoneses de Carlos III. Y así os dejó en Villablino no sólo una fuente de valores imponderables, sino, a la vez y con ello, una fuente inmediata de riqueza material, de bienestar utilitario, de mejora de vida y de progreso, que era la aspiración de todo filántropo, pues nadie podrá desconocer nunca que de aquel pobrecito ensayo de escuela de lechería ha surgido la copiosa fuente de riqueza de ese ramo industrial en la montaña, y que de aquí se ha esparcido como iniciativa a otras comarcas, y en todo caso ha precedido al enorme actual desarrollo de esta industria en casi toda la zona cantábrica.

He aquí, pues, vuestro segundo acierto. A la creación de una fuente de riqueza material de un filántropo, consagráis una fuente de las que los filántropos amaban. Don Paco hubiera puesto en ella, en lugar de la inscripción con que honráis su memoria, la misma clara y expresiva leyenda de las fuentes leonesas.

Y yo os digo, para terminar, lo que él seguramente también hoy pensaría: Que esta fuente sirva en el porvenir, no sólo de salud y ornato del pueblo, sino de hondo y punzante estímulo para la pacificación de los espíritus.

NOTAS BIOGRÁFICAS

D. Manuel Bartolomé Cossío nació en Haro, provincia de Logroño, el 22 de febrero de 1857. Pasó su infancia en Aranda de Duero. A los catorce años se graduaba de bachiller en el Instituto de Avila (junio de 1871), y en 1874 terminaba la licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid.

Al fundarse la Institución Libre de Enseñanza en 1876—se fundó por varios ca-

tedráticos de Universidad o Instituto, entre los que figuraban Laureano Figuerola, Moret, Montero Ríos, Salmerón, Azcárate, Giner de los Ríos y Costa, que fueron separados de sus cátedras a consecuencia de su protesta contra los decretos de Instrucción Pública de 1875, atentatorios de la libertad de la cátedra—, uno de los primeros alumnos que asistieron a las clases y conferencias fué Cossío.

Conociendo, sin duda, D. Francisco Giner el valor positivo de Cossío, le hizo entrar en la Institución como auxiliar de segunda enseñanza, sugiriéndole después la idea de ampliar estudios en el Colegio Mayor de San Clemente, de Bolonia. Allí fué, y en aquella Universidad cursó Arqueología, Historia de la Literatura italiana, lenguas neolatinas, Filosofía y Pedagogía.

Obtuvo certificados de sus trabajos en la Scuola di Pedagogia e Antropologia en dicha Universidad.

A su vuelta a España desempeñó, como sustituto, la clase de Arqueología e Historia de las Bellas Artes de la Escuela Superior de Diplomática durante todo el curso de 1881-1882.

Sus primeras escaramuzas oficiales fueron unas oposiciones a la cátedra de Estética e Historia de las Bellas Artes en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, de las que salió triunfante, y fué nombrado por real orden de 9 de mayo de 1883.

Al año siguiente volvió a tomar parte en otras oposiciones, y también salió victorioso. Fué nombrado, en su virtud, director del Museo Pedagógico Nacional por disposición de 18 de diciembre de 1883.

A partir de este momento, Cossío dividió su vida entre el Museo Pedagógico y la Institución. Sus condiciones especiales de hombre inteligente y culto, liberal y generoso, su amor por los niños y la educación, hicieron de él, junto al influjo constante de D. Francisco Giner y el alto ideal krausista, el maestro por excelencia.

En el Congreso Nacional Pedagógico que se celebró en Madrid el año 1882, organizado por el Fomento de las Artes, ya

se destacó Cossío como un consumado maestro efectivamente.

Su discurso sobre el "Carácter, sentido y límites que debe tener la educación primaria en sus diferentes grados, así en las escuelas urbanas como en las rurales, y programas y medios que en unas y otras deben emplearse, etc.", fué todo un descubrimiento para los congresistas. Allí libró la primera batalla contra la rutina y sentó los principios que después han servido de base nada menos que a la nueva Pedagogía. "La más sabia lección nace muerta—dijo—cuando no va solicitada por la curiosidad del niño." ¿Qué es esto sino los centros de interés de ahora?

"Desarrollar la actividad, la espontaneidad y el razonamiento en el niño; estimular su iniciativa, favorecer la expansión de sus fuerzas interiores; hacer que sea no sólo partícipe, sino el principal autor de su propia educación; que bulla en él la vida"—añadía—. ¿Qué diferencia hay con lo que llaman ahora escuela activa?

Por su capacidad y cultura y por su especialización en cuestiones de educación, Cossío fué enviado como delegado del Gobierno unas veces, y como profesor de la Institución otras, a distintos Congresos y conferencias internacionales en los que se trataron problemas de enseñanza y educación.

En 1884 asistió como delegado de España a la Conferencia Internacional de Educación celebrada en Londres.

En 1885 se graduó de Doctor en Filosofía y Letras en la Universidad Central.

Se le comisionó por el Gobierno en 1886 para estudiar los principales establecimientos de enseñanza de Francia, Bélgica e Inglaterra. Durante la Exposición Universal de Barcelona de 1888, fué nombrado Secretario de la Comisión de Instrucción pública de la Comisaría Regia de la Exposición y delegado del Gobierno en el Congreso Pedagógico celebrado allí.

El mismo año fué comisionado por la Dirección general de Instrucción pública para asistir al Congreso Internacional de Colonias Escolares de Vacaciones celebrado en Zurich y visitar los establecimientos de enseñanza de Escocia.

Cuando la Exposición de París de 1889, fué nombrado miembro del Comité de propaganda y del ejecutivo, y Presidente de la Sección de Educación y Enseñanza de la sección española.

Asistió como delegado oficial de España al Congreso Internacional de Educación celebrado en 1904 en San Luis (Estados Unidos).

Se le encargó en 1901 de la cátedra de Pedagogía general creada en el Museo Pedagógico Nacional, y en abril de 1904 se le nombró catedrático de Pedagogía superior, del Doctorado de la Sección de Estudios filosóficos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central.

En 1903 fué nombrado profesor de la Escuela de Criminología, con Simarro, Salillas y Antón.

Por su condición de Director del Museo Pedagógico, fué nombrado, en octubre de 1921, Consejero de Instrucción pública, cargo que le respetaron las distintas reformas que ha sufrido aquel Cuerpo consultivo.

En la Institución Libre de Enseñanza fué profesor auxiliar, profesor efectivo, Director de excursiones y Rector.

Siempre dió sus clases a los niños que asisten a la Institución; por tanto, su gran cultura pedagógica ha sido contrastada y avalorada constantemente en la práctica diaria.

De su vida como maestro, de su labor como educador, podríamos llenar muchas planas del periódico. La referencia de todo esto—tan vasto y tan profundo—no cabe, ni mucho menos, en unas apresuradas notas biográficas.

Los que han sido sus alumnos no sabrán qué admirar más en Cossío, si su profunda cultura filosófica, sus conocimientos de arte, o su espiritual atracción para formar discípulos, inculcándoles ideas de justicia y de moralidad.

Las clases de Pedagogía que dió en el Museo Pedagógico han sido escuchadas por centenares de maestros. Todo el movimiento pedagógico actual ha tenido en Cossío un precursor y un defensor admirable.

Ha sido, además, profesor del Ateneo de Madrid durante varios cursos, y Presidente de la Sección de Arte del mismo, en el que dió conferencias sobre "Ciencia de la educación", "El arte español" y "La pintura en el Museo del Prado".

Invitado por la Universidad de París, dió en la Sorbona una conferencia sobre "El arte español".

Tenía el Sr. Cossío el tipo de un sabio griego. Sus clases hacían recordar las que, según los historiadores, daba Sócrates. Hablaba más que escribía, y meditaba más que hablaba. Gran conversador, poco retórico. Por esto, sus obras escritas son pocas, comparadas con su vigorosa personalidad.

He aquí, sin embargo, lo más interesante de sus publicaciones.

En el *Anuario de Primera Enseñanza* de 1886 aparecen los trabajos siguientes:

"El Museo Pedagógico de Madrid", "Memoria sobre los trabajos del Museo" (1882-86) y "El Congreso Internacional de Educación celebrado en Londres en 1884".

"Historia de la Pintura Española", publicado en el tomo III de la *Enciclopedia popular ilustrada de Ciencias y Artes*, editada por F. Guillman, Madrid, 1885.

Situación de la instrucción pública en Bélgica.

La primera colonia escolar de Madrid, 1887.

La enseñanza primaria en España, 1897.

El maestro, la escuela y el material de enseñanza, 1906.

Las Universidades y la enseñanza superior en Francia, 1919.

Las Universidades en Alemania, 1919.

Las Universidades, la enseñanza superior y las profesiones en Inglaterra, 1919.

El Colegio y la Universidad en los Estados Unidos, 1919. Compilación de los mejores textos sobre dichos países para servir de estudio, con motivo del proyecto de autonomía universitaria en España.

Otro aspecto interesantísimo del Sr. Cossío era como crítico de arte. Aparte sus estudios, le favorecieron algunas circunstancias para que sus juicios sobre las obras de arte fueran solicitados y valorados ex-

traordinariamente, tales como su ida a Italia y su amistad con personas de gran relieve en Bellas Artes, como Riaño, Fernández y Jiménez, Velázquez, etc.

Un gran auxiliar encontró Cossío en su esposa, sobre todo en las cuestiones de arte. Mujer de gran cultura artística, siempre tuvo una extremada afición a las labores artísticas, especialmente a los bordados antiguos españoles, cuyo influjo ha podido verse en lo recopilado en el Museo Pedagógico.

Toledo, Salamanca, Avila, etc., como joyas artísticas fueron "descubiertas" por Cossío y sus grupos de discípulos, que casi se puede decir que crearon las excursiones artísticas. El gran amor por nuestros campos, paisajes y sierras, a su iniciativa y fervor se deben.

Tiene publicados: *El arte en Toledo*, por la Comisaría Regia del Turismo, varias ediciones, y *El Greco*, 1908, obra que inquietó enormemente los espíritus de los artistas y críticos y dió motivo a que unos y otros se fijaran en el estilo del gran pintor, destacando su personalidad.

Con todo, donde ha de colocarse Cossío en el primer lugar, es como maestro, en el más excelso y sublime sentido de la palabra. Cossío ha sido un gran maestro, que, a su vez, ha formado escuela.

El 22 de febrero de 1929 le correspondía cesar por edad en el cargo de Director del Museo Pedagógico Nacional, y en consideración a sus importantes servicios, se le concedió el cargo de Director honorario del mismo en marzo del mismo año. Algunos discípulos fervorosos publicaron un libro en su honor, titulado *De su jornada*.

... ..

Poco después de proclamarse la República, D. Alejandro Lerroux dió en un discurso que había pedido a D. Manuel Bartolomé Cossío que se preparase a ocupar la Presidencia de la República. "Quiero—añadió—que haya la máxima tolerancia y que no perdamos nunca la serenidad."

... ..

Su enorme prestigio en toda la masa liberal de España hizo que fuese un nexo de

unión de todos cuantos en liberal piensan en nuestro país.

En las elecciones para cubrir una vacante por Madrid—en las Constituyentes—, unánimemente se decidió que fuera a aquellas Cortes esta figura excelsa de nuestro republicanismo. Todos los sectores, desde los socialistas hasta los republicanos moderados, hicieron una intensa campaña en favor de su candidatura, que triunfó de una manera rotunda.

Su enfermedad le impidió tomar posesión del acta. Ha sido objeto de numerosos homenajes por parte de las entidades culturales, y fué, en fin, el impulsador principal de las Misiones Pedagógicas.

Cuando con motivo del primer aniversario de la República, se creó, como distinción máxima del Estado, el título de Ciudadano de Honor, D. Manuel Bartolomé Cossío fué el primer investido con el alto galardón, en prueba al reconocimiento de sus méritos. Todas estas cosas, si bien le conmovían dulcemente a Cossío, ya le deslumbraban apenas. Su vida—por encima del bien y del mal—se iba apagando poco a poco. Hasta hoy mismo, en que se ha apagado definitivamente, igual que una suave luz que quedará como ejemplo...

(*La Voz*, 2 de setiembre de 1935.)

CUANDO ERA JOVEN EL MAESTRO

En estos últimos años de la vida de don Manuel B. Cossío era frecuente que, en sus conversaciones conmigo, recordásemos juntos la primera excursión de importancia realizada por la Institución Libre de Enseñanza, cuando yo era un niño de doce años.

Las etapas de aquella excursión que constituían el objeto principal de nuestro recuerdos eran: su comienzo, con la noche pasada en Villalba, con la jornada por el puerto de Navacerrada hasta Rascafría, con el paso de El Reventón y la permanencia en La Granja y en Segovia; después, los incidentes de otra etapa de marchas difíciles, de impresiones de Naturaleza y de arte inolvidables, desde San Vicente

de la Barquera, por las gargantas de la Hermida, con la excursión a los Picos de Europa y el disfrute de un bien ganado descanso en Covadonga.

Todo aquello, que los más preclaros profesores de la Institución hicieron en compañía de los primeros grupos de alumnos de la casa, hoy lo hacen muchas gentes, y hasta es posible que lo hagan con mayor facilidad y con mayor perfección que nosotros lo hicimos. Pero, en aquellos tiempos, los hombres que nos conducían a los niños por caminos entonces tan poco frecuentados, y empleando métodos educativos tan extraños a los hábitos de la época, tenían que vencer una serie de resistencias del medio cuya realidad e intensidad cuesta hoy trabajo concebir.

El hábito de realizar excursiones, como la adopción de los métodos intuitivos en la enseñanza, como el endurecimiento físico, como el estímulo del esfuerzo y de la iniciativa individuales, el cultivo de la personalidad o la aceptación de prácticas tales como la de las colonias escolares, son hoy cosas corrientes que, sin embargo, ha costado mucho trabajo introducir y lograr que arraigasen en nuestro suelo. Primero se opuso una resistencia obstinada, y a veces hasta venenosa, a todos los principios innovadores y a todos los métodos nuevos de educación; después se empezó a transigir con ellos y, por último, se ha acabado por adoptarlos por las mismas personas y por las mismas organizaciones docentes que más los combatieron; sin perjuicio de seguir censurando a sus iniciadores.

Para apreciar el valor de los adelantos conseguidos, conviene volver la vista atrás y darse cuenta de la cantidad de esfuerzo, de perseverancia, de entusiasmo de cruzados del ideal, que los transformadores de la Pedagogía en España tuvieron que derrochar en largos años de noble y porfiada lucha.

Muchos de los maestros que en aquellos tiempos nos conducían por los montes o por las poblaciones de arte habían alcanzado ya plena autoridad en el dominio de disciplinas difíciles, como las Ciencias naturales, el Derecho o la Filosofía. Entre

todos ellos, como alma de aquella familia ideal, de aquel grupo social nómada, que parecía ir buscando por las regiones abandonadas de nuestra península un nuevo clima espiritual para la raza ibérica, descollaba la influencia de la personalidad fina e inquieta de D. Francisco Giner de los Ríos.

Otros de aquellos maestros a los cuales los niños seguíamos con tanto entusiasmo y tanta devoción eran hombres jóvenes que, tras una labor profunda, sin exuberancias inútiles de expresión (con la sobriedad que el maestro de todos predicaba con la palabra y el ejemplo), habían de abrir su surco en el campo del arte o de la ciencia.

Entre aquellos maestros jóvenes había uno cuya presencia y cuya acción se hacían sentir en todos los momentos y a todos los componentes de aquella familia espiritual. Él atendía a todos, singularmente a los niños y al maestro de todos; y todos confiábamos igualmente en él; sobre él pesaban los menores detalles de organización; sobre sus cuidados descansaba la confianza colectiva; suyos eran los mayores desvelos, los mayores trabajos, las mayores fatigas, y su esfuerzo parecía brotar de una fuente inagotable y alegre. Cuando nos rendía el cansancio y se imponía una tregua de reposo, bastaba que aquel joven maestro se incorporase para que los más débiles nos pusiéramos súbitamente en pie, dispuestos a seguirle incondicionalmente. Aquel joven maestro era más que un maestro para nosotros, era nuestro amigo, era el ejemplar humano que hubiéramos querido realizar en nuestra vida. Era nuestro héroe.

Llegó un tiempo en el cual el influjo sugestivo de nuestro héroe traspasó los límites de nuestra familia espiritual. Como teorizante de la Pedagogía, su influencia se fué extendiendo a lo largo de una serie de generaciones de alumnos, y los temas pedagógicos tratados por él fueron convertidos por los nuevos escritores en temas literarios dirigidos al gran público. Como historiador y como crítico de arte, el héroe de nuestra infancia no solamente extendió su influjo por todo el ámbito nacional, sino que rebasó las fronteras, asociando su nom-

bre al nombre de El Greco, que para Maurice Barrès (con razón o sin ella) es el arquetipo del alma española.

Pero para mí y para mis amigos de la infancia, el Sr. Cossío (que así le hemos llamado siempre) ha seguido y seguirá siendo algo más íntimo que el pedagogo ilustre y el ilustre crítico e historiador del arte; era, es y será mientras vivamos el ejemplo de entusiasmo ideal que un privilegio de la suerte nos concedió, como un tesoro, en nuestra infancia. Eso es y eso será: el Sr. Cossío de aquella época en que yo tenía doce años y en que la Institución Libre de Enseñanza empezaba a guiar a sus alumnos por los campos y las ciudades de España.

No hace muchos días, después de recordar algunos hombres de la Institución (don Augusto Linares, D. Luis Simarro, D. Joaquín Costa, D. Laureano y D. Alfredo Calderón...), me decía el Sr. Cossío, volviendo su mirada hacia su propia existencia, que esta vez sus achaques habían apagado en él la llama de la juventud. Era tanto como decirme que habían apagado la llama de la vida. Y, en efecto, la llama de su vida se apagó en una noche serena de esta sierra de Guadarrama, tan ligada a las admiraciones y amores de mi infancia y de la infancia de mis compañeros, tan viva aún con la palpitación del entusiasmo de la juventud de nuestro héroe.

Yo no sé; pero al apagarse la llama de la juventud del Sr. Cossío, parece como si una llama de vida infantil, que, por fortuna, lucía aún en nosotros, se hubiese apagado de repente. Por lo menos, hoy el horizonte de nuestra vida está cubierto de sombras.

JULIÁN BESTEIRO.

(*Democracia*, 13 de setiembre de 1935.)

MANUEL B. COSSIO

Fué él y fué un ambiente

Carezo del hábito de reflexionar en público acerca de personas entrañablemente queridas. Hay que poner sordina a cuanto, en nuestra reacción afectuosa, carezca de

dimensión amplia, y sólo alcanzaría interés al ser trasmutado en una alquitarra poética. Quede tan sutil tarea para quienes sepan hacer del punto sensible y fugaz una línea significativa (1).

No voy, sin embargo, a estructurar unas páginas llenas de método y rigurosa secuencia. No hay tiempo, y, además, no quiero hacerlo. De Cossío vendrán aquí los rasgos y efectos que buenamente affloren al dolorido recuerdo, atisbos sueltos para una futura construcción, si es que el gusto frenético del oralismo no convierte también esta figura hispana en puro tema flotante y tradicional. No hay libros que se tengan en pie—ni siquiera inclinados—sobre D. Francisco Giner. Hay, pues, que aprovechar el estímulo momentáneo, porque más tarde, quién sabe. Una doble tristeza.

Vivió de efusión, llama en vendaval, un espíritu que—por fin—debió encontrar su espejo en las testas anhelantes de ciertos apóstoles del Greco, que mueren porque no viven. Cossío no fué extranjerizante, sino superespañol. Toda la sustancia del barroco nuestro—castellano—, mística, serena dignidad, caballería del espíritu andante, amor del proceso más que de la estancia, técnica de almas, estima—a veces sobreestima—de la institución sobre el cálculo racional, eso y más le viene a Cossío de la honda vena castellana—ricas aguas—, que ya bien mozo le refrescó el alma. Giner y Cossío significan, ni más ni menos, el primer esfuerzo eficaz que se hizo para incorporar a la vida de acá, la única que nos es dable contemplar, las valías españolas, el ímpetu y la emoción que en los siglos de grandeza habían servido de escala mística para ascender a las cimas de lo inexplicable. Giner vió que el intelectualismo del siglo XVIII no le iba a España; se lograban perfecciones yuxtapuestas, pero los manantiales de la originalidad continuaban ciegos. La torpeza y el desmaño discursivo del vulgo intelectual vió en el movimiento de estos hombres sólo extranjerismo, krausismo. Habrá influencias marginales, ocasionales,

(1) Se trata de una apresurada improvisación. No lo exhibo como disculpa. Habría querido sencillamente poder consagrar mucho tiempo y atención a un asunto para mí capital.

que vengan de aquí o de allá. Mas la raíz del propósito es puramente hispana, y no es explicable sino así: acción inmediata sobre la conciencia moral, con desdén para las formas y las estructuras determinadas, y hasta para los contenidos concretos de la inteligencia. De ahí la masa de humildes, intelectualmente humildes—junto a mentes relevantes, claro—que desde su comienzo atrajo a sí la Institución Libre de Enseñanza. Giner se deleitaba meditando sobre ciertos giros españoles sin correlación en otros idiomas, fenómeno lleno de alcance para quienes saben que hablar no es sólo poner gramática en el discurso, sino llevar a lo expresado la integridad del vivir. Sí, tenía gran sentido que Giner nos explicara cómo “hombría de bien” no se puede decir, poniendo la cargazón expresiva que proyectamos sobre esas palabras, ni en francés, ni en inglés o alemán. Eso ocurre a otros muchos giros, desde luego; lo importante, sin embargo, es que Giner hubiera detenido su selección en eso, en la “hombría de bien”, hispanismo irreductible; o en “campo santo”, que aunque se diga también en italiano, gustaba de recordar, por la delicadeza del matiz; en suma, religiosidad y distinción moral. Una conducta más que un saber. Si esto no es España ciento por ciento, que venga Dios y lo vea (1).

Cossío, efusión y también melancolía. Además suave, de padre bueno que sabía albergar al interlocutor en previas y acogedoras concesiones: “sí, sí; claro, claro”; con vocales inusitadamente prolongadas. Su voz, frangida en raras sonoridades, glosaba el toque a la barbilla—que también era propio de Giner, lo mismo que el cabecear problemático.— Sólo que D. Francisco articulaba su habla menos cadenciosa, más bravíamente, en rima con el brillo de sus ojuelos en saeta, de azor avezado a la caza altanera de las almas. El parangón entre ambas personas es forzoso, justamente porque ambos poseyeron intransferibles singularidades. En lo íntimo, quizá Cossío puso

(1) Los españoles no han solido tomar de fuera sino las ideologías que asonantaban con sus tendencias morales: Séneca (sí, Séneca), Krause, todo lo que absorbieron Ganivet y Unamuno, etc.

más en el platillo de la sensibilidad artística, y no concedió la importancia que Giner a la pura filosofía y a la enciclopedia de las ciencias, según se decía en los medios krausistas. El saber de Cossío en aquellas ciencias era, en cierto modo, de segundo grado, porque en él se dió más que en su maestro la tendencia especializadora; fundamentalmente me parece que fué, más aún que teorizante, pedagogo, un espléndido conocedor de la historia del arte y un exquisito apasionado de la literatura, sobre la cual, de querer hacerlo, habría escrito páginas de primera clase. Cossío, alma sensible, apta para reflejar bellezas, fuera cualquiera su procedencia. Y además, también en contraste con Giner, capaz de una acción social fuera del castillo roquero de la Institución. D. Francisco no habría podido ser consejero de Instrucción Pública, ni siquiera se puede imaginar; se habría esfumado, habría huído de tal ambiente si un azar lo hubiera dejado caer en él; a fuerza de desuso, se le habían atrofiado los enlaces con cuanto sonara a administración, a aceptar la realidad convencionalista de unas prácticas y unos usos para él viciados, inadmisibles. Para esos efectos, su alma era como un tejido sin epidermis, que no podía soportar ningún contacto. D. Francisco rehusaba participar en el absurdo de los exámenes; en el medio anárquico de la Universidad de entonces (anarquía que era antídoto para su invalidez) pudo zafarse de realizar aquellas pruebas, para él inmorales e insensatas. Enseñaba, y para los efectos burocráticos, algún fiel discípulo, actuando de brazo secular, daba las notas en los exámenes oficiales y libres.

Cossío ya no actuó así. Examinaba como cualquier catedrático y aceptó ser consejero de Instrucción Pública, tarea en que comprometió parte considerable de su precioso tiempo. Para algunos fué un error aquella devota consagración a informes y *votos particulares*, para quedar casi siempre aislado, salvando su conciencia, a fin de consignar una actitud nueva y delicada en materias que una incompetente rutina mantenía sin vida. En ciertos casos la actitud de tan singular consejero prestó indudable

servicio a la cultura nacional. Mas como quiera que ello fuese, tal actividad significó un rasgo más de entrega a lo que estimaba de su deber, y quizá es reveladora de ciertas suavidades de su ánimo que, salvo en casos evidentes, le impedían adoptar posiciones extremadas. Y añadiría aún que el interés de Cossío por la vida universitaria y, en general, por las cuestiones administrativas de la enseñanza, era signo de una indudable capacidad organizadora. Conocía el estado actual de la enseñanza y poseía el instinto de la medida al proponer reformas e innovaciones radicales. En otro pueblo, en otro momento del nuestro, un hombre como él habría sido un extraordinario director de la acción pública en materia de cultura. Y con ser muy trascendental lo sugerido y logrado por él, puede afirmarse que en ese punto no dió ni remotamente cuanto un país en situación normal habría solicitado de sus magníficas capacidades.

Hombre sugestivo, seductor de voluntades. Lo fué en grado muy extremo. Don Francisco Giner, y junto a él Cossío, cuyo alto valor se descubre directamente en el hecho de que habiendo vivido en constante, disciplinada y filial proximidad de espíritu junto a la excelsa figura de Giner, siempre apareciera con su peculiar acento junto al maestro. D. Francisco labraba a fuego los ánimos juveniles en la entrevista íntima que decidía de una vocación y de un porvenir; tensaba las mentes en el rigor de su clase, para muchos la primera salida del caos y de la frivolidad en que habían vivido hasta llegar a aquel, en apariencia, momento supremo del doctorado, y que para el término medio de los alumnos servía de escuela de decoro intelectual (se aprendía a no decir que había uno leído un libro cuando sólo lo había hojeado, a confesar que tal idea venía de tercera mano sin conocer la obra original, etc.). Cossío, en su aula del Museo Pedagógico, trazaba, por primera vez en España, la línea metódica de una nueva pedagogía. Lo que hoy determina que un maestro y una escuela tengan aire humano y perfil de vida fecunda, eso sale, por una u otra senda, de las clases encendidas, exaltadas

de fe, elocuentes, inquietantes de D. Manuel Cossío. El niño no es recipiente para verter en él las sabidurías y las fórmulas hechas; el niño es una vida en cuyo desarrollo integral podemos y debemos inmiscuirnos, con sumo respeto y delicadeza (*"magna debetur puero reverentia"*, máxima juvenaliana, que sonaba allí por vez primera para casi todos). Las clases de Cossío no se parecían en nada al curso usual que habíamos oído en el Extranjero, consistente en exposiciones con principio, medio y fin, sujetas a un plan meticulosamente preestablecido. Las exposiciones de Cossío iban, sin duda, muy preparadas, según mostraban las notas y los papelitos que nerviosamente sostenía en su mano. Pero su clase era todo, menos clásica. La emotividad, el arte de la improvisación, prolongaban la hora académica y en esos momentos surgían los atisbos más finos, el vislumbre de perspectivas. El profesor sabía mucho, pero no poseía alma de erudito ni de universitario germánico. Era un orador, frenado por graves escrúpulos intelectuales.

Sin tan bella voz, quién sabe si su destino no hubiera sido otro; tal vez habría sido un destino de estudio, de creación, mas no de misión. No es que esencialmente brillara por la elocuencia: en la historia de lo humano las explicaciones no son reversibles. Ahora bien, con palabra y entonación abruptas, Cossío no se habría podido entregar al frenesí de la prédica, su obra magna, junto a las páginas tan nobles, tan inesperadas en el Madrid de 1908, de su *Greco*.

Durante los últimos años, mi intimidad con Cossío fué acreciéndose, y hago esta referencia anecdótica, no por lo que a mí afecta, sino porque, gracias a ello, pude observar nuevos aspectos de su digna y compleja persona. Digno, fundamentalmente eso. *Digno* y *decoro* son en su origen la misma cosa, igual que *decente*, lo que conviene. Una forma de nuestro vivir consiste en ir percibiendo si lo que hacemos conviene y rima con cierto programa vital que se nos aparece como norma establecida para la vida de cada uno; el acuerdo con

esas constituciones buenas, usuales, de pan llevar, se llama decencia, o sea conveniencia con ciertos elementales rigores del vivir honesto; mas si subimos de punto la norma constitutiva y tensamos aún más el acto nuestro para que no diverja de aquella alta y paralela norma, entonces pasamos de la decencia a la dignidad. Y si aún tal armonía se presenta con buen aire y sin contorsión de esfuerzo, entonces la dignidad es además elegante, pierde todo aire agreste para revestirse de la más selecta distinción. Cossío era eso, un espíritu elegantemente digno, dicho sea con la frialdad de quien realizara cualquier descripción objetiva y serena. Noté una vez cómo subrayaba el maestro que en Francia hubiesen dicho de una niña suya que era muy "digne"; la adhesión afectiva a aquella palabra (perdónense estos escapes a un lingüista) revelaba que Cossío veía en tal vocablo más de lo que en francés significa (de ademán grave y contenido); lo cargaba de simpatía, es decir, ponía en él, subconscientemente, su propia emoción de dignidad. Era, pues, natural que siempre coincidiéramos en desaprobación el hecho tan repetido de que la vida privada olvide la significación que se asume en público, y que personas que ostensiblemente demuestran, por ejemplo, no ser religiosas de ninguna confesión, ordenen su vida particular y la de sus familiares como si eso no fuera así. Lo que explica bastantes desastres en el momento actual. Creo, en efecto, calamitoso que muchos políticos observen una conducta en el Parlamento y otra en su vida particular. Su liberalismo o su liberación es entonces como una cana echada al aire, una aventurilla de cabaret político a la que no se hace referencia en el hogar. La señora del parlamentario tragacuras ostenta en su pecho una cruz de un decímetro, el heterodoxo profesional bautiza luego a sus hijos: el bautizo y la heterodoxia, dos farsas.

En los cinco años de lancinante mal, este insigne enfermo mostró una constancia ajena a toda impaciencia. "No, si no me quejo, es así como debe ser", solía exclamar. Hallaba compensación a su sufrimiento en las muestras de afecto prodigadas por

la ternura de unos y la devoción de muchos. "No merezco tanto", exclamaba, y efectivamente, así lo sentía. Por educación moral y por refinamiento aislante, hasta las postrimerías de su vida rechazó toda demostración de afecto que rebasara el círculo de estricta intimidad. Era insensible a las muestras usuales de la consideración pública, los homenajes, las distinciones, las intervius. Los honores que le fueron tributados, próximo el término de su vivir, pese a la manera delicada con que siempre hubieron de proceder las manos amigas, él no los habría admitido, de estar sano y con veinte años menos. ¡Qué maravillosa y sutil carta de gracias dirigió al Jefe del Estado! Ciertó que la campanada grave, si hubiera rechazado la ciudadanía de honor, habría vibrado más después de todo que la aceptación sumisa y silenciosa, de algo que pronto desapareció del plano de la atención pública. A los ocho días, nadie hablaba ni pensaba en elló.

Habitado al clima íntimo y al retiro de su Institución—castillo roquero o arca de Noé—ciertas formas de vulgar convivencia le fueron muy ajenas. Ramón y Cajal podía, en cambio, tertulear en los cafés, a manera de purga o desagüe para ciertas elementalidades que todos llevamos en alguna parte. Cossío era impensable en un café. Don Santiago podía escindir la creación intelectual, científica, y las otras porciones de su vida, siervas de su cerebro y no labradoras de inmortalidad; en Cossío, todo el volumen de su vida iba implicado en cuanto hacía; no cabían, pues, resquicios ni concesiones, que hubiesen carecido de sentido. Por cierto que es bastante difícil ordenarse el vivir en tales casos, sin caer en la extravagancia innecesaria. La fórmula de Giner, y también de Cossío, consistió en conceder a las gentes todas las necesarias e ineludibles menudencias, sin las cuales se pasa por *Naturmensch* (el señor sin corbata, sin zapatos, etc.), y no transigir, en cambio en nada fundamental. No discrepar en lo mínimo, por economía de esfuerzo, ya que éste hace falta para disentir en materias de más enjundia. Es lo que nos solía decir Giner al ir a hacer oposiciones: "Di-

gan al tribunal lo que el tribunal sabe, para que les perdone lo que él ignora."

Estoy seguro que para la juventud actual todo ello sonará a extraño lenguaje. ¿Por qué esos señores se planteaban tan raras cuestiones? ¿Qué más da esto o lo otro? Ni siquiera perciben nuestros mozos que gran parte del aire sutil y depurado que respiran al intentar alzarse a algo de tipo un poco valioso es debido al ímpetu creador de aquellos ejemplares varones. Hace medio siglo, ir al campo y practicar el deporte era cosa desconocida; la juventud pasaba las fiestas en el café, iba a apretujarse en el paseito vespertino, jugaba al billar o a otra cosa, iba a los toros y frecuentaba las tertulias de Cachupín o sitios inmundos. El pueblo se cruzaba de brazos, frecuentaba la taberna. Al campo se iba con ocasión de romería o de algo semejante. Las nieves de la Sierra eran hórrida lejanía donde fabricaban ese aire espantoso que asesinaba los pulmones. A tal visión del mundo responde el dicho, hoy grotesco, "Madrid, nueve meses de invierno y tres de infierno". Burlete, zapatillas de orillo, sabañones, cochambre (un pediluvio y gracias), ventanas cerradas en el cuarto del enfermo. Hace cincuenta años, comenzaron a frecuentar la Sierra y sus nieves invernales los alumnos de la Institución; la Institución tenía amigos que se apresuraron a seguir el ejemplo. Subir a Navacerrada suponía una pequeña proeza. Sin esquís, sin albergues, aquellos hombres parecían dementes. Hoy se sabe que, gracias a tales locos, el campo próximo y el remoto fué abierto al goce humano, con todo lo que ello significa. Se trata de una característica y sana influencia social, de arriba abajo, normal difusión de un principio minoritario.

Cuando los que hoy braman contra la Institución (mito que ridículamente han forjado los bárbaros para poder seguir haciendo de las suyas sin ningún escrúpulo), cuando esas gentes llevan a los niños a los museos, y a visitar España, y a jugar, y a practicar deportes, sin limitarse a pasearlos en fila como borreguitos, son simples imitadores, continuadores de lo que Cossío y sus discípulos iniciaban hace más

de medio siglo. Cuando los técnicos trabajan en los laboratorios extrauniversitarios y se benefician de las bibliotecas circulantes, cuando el estudiante va al extranjero sostenido por el Estado y al volver halla quien le apoye y le conceda valor, no sabe ya que hace medio siglo España era científicamente lo que Menéndez Pelayo describe con pluma muy lúgubre en 1892: "No había aquí más química que la de los farmacéuticos, ni más física que la de los ingenieros navales", decía D. Marcelino. Los hombres eminentes que, como siempre, brotaban alguna vez, vivían sueltos, desaparecían sin dejar rastro. La Universidad no se beneficiaba del paso fugaz de aquellos cometas. Giner y Cossío conciben la idea audaz de reunir los escasos hombres de valía que daban su fruto, a pesar de la Universidad y del ambiente, y proponen al Estado que utilice y acreciente tales fuerzas, disponiéndolas en eficaz caída sobre aquellos elementos juveniles que fueran aptos para la tarea superior. Y a eso se debe—no diré que todo—, pero sí la parte mayor y más decisiva de lo que es hoy España como entidad humana y de cultura. E incluso los que lo contradicen saben que esto es verdad, porque "así nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron por sus ojos y fueron ministros de la palabra".

Mas hablaba de que Cossío no participó de la vida social en que la clase media acomodada solía practicarla. En el teatro ocupaba lugares humildes. Recuerdo haber visto junto a él un inolvidable *Rey Lear* glosado en el entreacto con comentarios justos y fogosos. En el tren, de no estar enfermo, iba en tercera, no por afectación de humildad, sino para poder acercarse a mayor porción de la España esencial, que en gran parte recorrió a pie, y que su ciencia y su emoción fué sacando a luz. Además, es seguro que sentiría despego por el ciudadano vulgar, burgués redondeado y concluso, que frecuentaba la primera. Giner había inventado aquel tipo de existencia a base de marginalidad esencial, fundado en el sencillo principio de que para rehacer algo, en este caso España, había que empezar por tomar distancia. Con el buen ciudada-

no medio, por el momento, no había gran cosa que emprender, ya que sus costumbres las tenía muy enraizadas y ni entendería siquiera. En primera iba el señorito de hace medio siglo, que escupía, botaba al suelo las puntas de cigarro, soltaba tacos o lugares comunes muy ingenuos; atornillado en su dinero, alardeaba de vulgaridad con aire de ficticia prestancia. En tercera, por el contrario, iba la gente humilde, sucia, aplomada en su inferioridad, inocente de su destino, materia incitante para un reformador que sondaba en ella toda la profundidad de un "no debiera ser así". España no podría ser mudada en sus costumbres más que a través del niño—sustancia modelable—o acercándose directamente a la inmensidad de su masa rural para intentar afinarla y sensibilizarla. Escuela y misión pedagógica hasta el último intersticio de la nación.

Es increíble que no exista una historia de la Institución Libre de Enseñanza. Ese solo hecho sería bastante síntoma para afirmar que somos todavía bastante insensibles, almas atacadas de agrafía. Por no existir semejante historia es aún más laborioso el intento de pergeñar unas rápidas páginas sobre Cossío. Acabo, además, por no saber si lo que llamo agrafía hispánica es una mera falla de la voluntad y de la inteligencia, o un modo de ser gracias al cual surgen valores que no serían posibles de otra manera. En suma, que si el español fuera apto para la reflexión sobre el papel, entonces tendrían que sacrificar gran parte de sus virtudes y de ese carácter que tanto impresiona a los pueblos en que todo se escribe, se rememora y se explica (1). El español, gran injerto de señor preclaro y de mendigo trashumante, se reclina al borde de los caminos del mundo, y asiste a los espectáculos que él mismo se adereza y que con él se extinguen. Creo, a pesar de todas las salvedades, que esta manera de ser es insensata y patológica, y que si en un caso es justificable por la excelencia del ágrafo, en mil responde a pereza y sandez. Porque

(1) Giner renegaba, sin embargo, de lo pintoresco como cebo turístico. "Qué caro nos cuesta", decía.

si todo el tiempo y la fuerza en desbarrar sobre la Institución (de la que han logrado unos por animosidad y otros por desidia hacer un mito que suscita risa y dolor, se emplearan en definir pulcramente sobre un papel lo que ha sido—*ha sido*—este movimiento de vida y cultura, es seguro que amigos y enemigos llegarían a cierta suave comprensión, a transigir, a perdonarse algo mutuamente. A eso se prefiere vociferar en la tiniebla o permanecer aflicto y suspirante. Cuando no hace mucho, con motivo del forcejeo presupuestario entre los cerriles y los humanos, salió a luz, como siempre, la Institución, un diario republicano y bien intencionado escribió que se acusaba a la Institución de percibir un millón, siendo así que debieran darle lo menos diez. Ignoran incluso esos diarios que la Institución es hoy y antes una escuelita primaria, sin subvención del Estado, y que los resentidos, los abollados de espíritu, denominan Institución todo el movimiento progresivo y selecto que en buena parte sume su raíz en la obra de Giner y Cossío, pero que hoy se halla integrado por organismos y personas que incluso es frecuente no sepan que si laboran en química, histología o historia, se lo deben a D. Francisco Giner. Se llama Institución al conjunto vago e impreciso de quienes directa o indirectamente se relacionaron con Giner y Cossío, se dejaron ganar por su genialidad y tomaron poco o mucho de su espíritu, en el colegio o en la sala de la Institución, o en la Universidad, o en un pueblín de cualquier parte de España, o incluso de oídas. Llaman peyorativamente Institución a una huella, más o menos perceptible, de sutil humanidad, de emoción ante el porvenir de España, de afán de mejora, de tolerancia, de comprensión, de liberalismo, hoy de republicanismo. Los zafios denominan a eso espíritu revolucionario, a sabiendas de su error, porque si dijeran que la revolución a que aluden significa el arriesgado propósito de sustituir la atonía por la inteligencia eficaz, entonces pensarían bien. Mas ellos dicen que de la Institución (¡así pensada, un puro ente sin forma!) han salido los estragos revolucionarios, cuando sería más exacto decir que sus mentes opacas es úni-

camente lo que podría servir de fondo a tan dramática desolación. Si hubiera en España cabezas aptas para meditar y escribir con tino sobre sus grandes figuras del pasado y sobre los angustiosos temas del presente, tal vez no se ventilarían nuestras querellas con pistolas y dinamita. Mas si no hay ni un libro legible sobre los Reyes Católicos, Carlos V o Felipe II, cómo va a sorprender que no haya celo y curiosidad para estructurar unas páginas sobre Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Mientras prefirmos charlar y aturdirnos a reflexionar y ver claro, el callejón seguirá sin salida.

He solido charlar mucho con Cossío de lo que yo consideraba una grave dolencia hispana, el oralismo, o sea, la fugacidad e inestabilidad de los esfuerzos. Por de contado que Cossío escribió mucho más de lo que era esperable del género de vida que su alta misión le impuso. Su *Greco* no ha sido superado, y sobre temas pedagógicos expresó bastantes cosas esenciales, que otros con más competencia habrán de valorar. De todos modos, en más de un caso, al oírle una observación profunda o sagaz acerca de artes, letras o vida, y al decirle que cómo no escribía algo sobre ello, respondía así: "Si ya se lo he dicho a usted, qué más da". Lujo señorial, en él explicable. Aquel hombre espléndido consagró su vida a la acción, a la construcción oral. Su tiempo fué de todos, de cualquiera que llegaba en solicitud de una palabra, que sin tasa ni medida era administrada, con olvido absoluto del interés propio. El interés consistía justamente en ocuparse de los demás. No siempre, por otra parte, el visitante poseía la necesaria discreción, ni era merecedor de tan suave acogida. Una vez, cierto extranjero que luego publicó algo sobre el Greco, fué a ver a Cossío, poco antes de ser dado a la imprenta su célebre libro. Con el manuscrito a la vista, el autor comunicó pródigamente cuantos datos se le pedían. Al final, el francés grecófilo dice a Cossío si no podría confiarle aquel manuscrito, que parecía interesante, para que él se documentara.

Muchas veces le incité a murar su puerta contra el asalto constante a su generosidad

espiritual. Preveía lo que ha ocurrido, que iba a marcharse sin hacer lo que ahora no podrá realizar nadie. Justamente por la índole de su vida, en la Institución había mucho de tradicional, que constaba en los recuerdos y no en el papel. Los mismos papeles, las cartas inéditas de D. Francisco ofrecerán bastantes incógnitas a cualquiera que no sea Cossío. A menudo le rogaba que, ya que su estado de salud espiritual lo permitía, dictase por lo menos un esbozo de sus memorias, que habrían sido una crónica muy sazónada de aspectos españoles (que la historia grande no abarca), y al mismo tiempo, base para un análisis de la personalidad de Giner y de la suya. No fué posible. Es muy difícil atajar el rumbo de unos hábitos cuando se alcanzan setenta años. Tendría que haberse mostrado duro y tajante con los demás, aquel hombre todo dulzura y atenuaciones. "Para escribir—decía—, tengo que calentar mi caldera, y eso requiere dos o tres horas previas de concentración. Yo lo haré, le prometo que lo haré. Tengo que ordenar todos los papeles, que son muchos, muchos, y no he de morirme sin hacer lo de D. Francisco. Querría escribir también ciertas cosas sobre historia del arte, para que ahí queden; sí, sí, qué duda cabe; ¡pero si tiene usted razón!" Su voz, fuerte y armoniosa hasta el fin, subía de tono, se caldeaba. Y había que detenerle, porque el esfuerzo evidente le era nocivo. Luminoso, entusiasta, acogía toda noticia o idea, y la orlaba de comentarios penetrantes. Decía, sin embargo, que nada nos enseñaba, que sólo servía ya de pared de rebote, para que ensayáramos nuestras personales maneras de ver. La verdad es que nunca nos apartábamos de Cossío sin haber logrado un provecho intelectual y un goce para la fantasía. ¡Qué anecdotario el suyo! Anécdotas que no aspiraban a ser ingeniosas, como suelen serlo las de los especialistas en tal género. Las de Cossío eran trozos de historia, de realidad poetizada, densos, cargados de color, relatos en que la minucia se incorporaba llena de atractivo y de resonancias. Ya no se estilaba contar cosas en esa forma. Lamento que mi memoria deleznable no me permita reproducir aquellos sucintos y deliciosos re-

latos. De niño, en El Escorial, conoce al que fué último prior de los jerónimos en aquel monasterio. Su imagen infantil de la Revolución de septiembre, reminiscencias de viajes por toda España. Algunos amigos recordábamos junto a su lecho los momentos en que habíamos conocido la máxima escasez de dinero, y él tuvo también que contar, porque en Leipzig, donde tenía forzosamente que ver establecimientos docentes, pasó cuatro noches en la sala de espera de la estación, porque el escaso haber de que disponía no daba sino para comer un poco y servirse de las duchas públicas.

Un maravilloso conversador, y un lector único. A nadie oí leer el *Quijote* con el arte perfecto que él lo hacía. Cuando miramos hacia la realidad humana en este momento de hoy, sorprende que haya habido en torno a uno tal clase de hombres, hombres con vida artística, sin estirada ufanía, sin desplomes de vulgaridad ni insignificancia. Conocemos personas eminentes, que realizan estas o las otras actividades, muy valiosas, pero cuya vida, como tal, no constituye la mejor porción de su obra. Y es que ahora no se practican esas enseñanzas de caligrafía moral en que el propio vivir actúa de dechado. Terrible y maravilloso oficio el de proselitista moral, religioso o político (un recuerdo a la acerada austeridad de Pablo Iglesias). Vidas unitarias, de un bloque. Las gentes de hoy vivimos en tajante escisión; la fachada de cada uno (en el mejor caso) es su obra, a la que todo se pliega, y no la oficina cerrada en en que aquélla se fragua. En Cossío y en Giner la obra surge como una concesión más a esa entrega incesante de lo mejor que había en ellos. Si el escrito resulta después que posee valor autónomo, tanto mejor; mas no se olvide que todo fué benefactoria: bien y amor para España y sus hijos.

Tampoco es dable observar hoy aquella combinación de aristocratismo y de simple e ingenua sencillez, a veces hasta la pobreza. Hombres de un solo traje y un abrigo raído. Camisas de tela basta (las de D. Francisco costaban seis reales), a diario mudadas. A D. Francisco tenían que

recogerle el sueldo sus familiares, porque si no lo distribuía. Era una emocionante delicia oír justificarse al genial viejecito como niño cogido en picardía: “¡Pero, mira, Manolo, te aseguro que no era posible otra cosa!”. Unas veces era el anciano, otras la mujer o el niño, o el audaz pedigüño. Más de una vez, D. Francisco, en sus visitas, fué dirigido hacia la escalera de servicio por porteros nada sagaces. Y siempre subía sin discutir, para evitar el vulgarísimo “¿por quién me toma usted?”, y también para que el pobre hombre no pasara mal rato. Su aparición en la cocina de una casa, donde tal vez la señora se ajetreaba ultimando la comida preparada en su honor, dió motivo a finos y humorísticos comentarios.

En ese ambiente de distinción y humildad vivió Cossío. Junto a él conversé por primera vez con un lord, y aprendí a valorar el arte popular (en realidad, a los 20 años, allí lo aprendíamos casi todo). Ese gusto por lo popular era, desde luego, deleitosa contemplación de las raíces hispanas, en las que tendría que apoyarse todo sustancial renuevo. Mas en la afición por el folklore latían, además, las vibraciones del pensar romántico: culto del cacharro ingenuo, del bordado precioso en el que una mano aldeana resoba temas milenarios, sin tiempo y sin patria, como un eco de profundos senos en donde se alberga el romántico Volksgeist. La única colección de estudios sobre el folklore de España, que en aquel tiempo hubo y que hoy no tiene sucesión, fué la fundada por Antonio Machado, padre de los insignes poetas; pues aquel esfuerzo se incubó en el espíritu hispanófilo y popularista de la Institución, a la que Machado, en 1880, bajo el pseudónimo de Demófilo, dedica su “Colección de enigmas y adivinanzas”, y en donde se menciona al “laborioso profesor de la Institución Joaquín Costa”, que allega datos de su Ribagorza.

La filosofía romántica—Schelling, Krause—fomentaba el amor a toda singularidad, a la fascinante singularidad de España, pueblo, arte, carácter, paisaje. Decía D. Francisco: “¡El día que España esté a la altura de su paisaje!” En él se

creaba el enlace fecundo de la naturaleza y el espíritu hispanos. Goce, sin más, de la naturaleza, categoría de inutilidad, de valor porque sí; templados en tal goce, que es una creación, se aprendía a amar el quehacer que no lleva al examen, ni a la nómina; plus vital, lujoso, que justamente por no servir para “esto”, hace posible “esto y aquello”. “El talento—decía don D. Francisco, oscilando su cabeza curtida por todos los aires—sirve para tantas cosas!”

Tarea enorme la emprendida por aquellos hombres, enorme, sobre todo, si tenemos a la vista el ambiente de hacia 1880. Luego ha sido fácil incluso hacerles objeciones, y echar de menos muchas cosas. Más piénsese, imagínese lo que era la sociedad de entonces, la gente de la calle, la Universidad, las escuelas, las letras, las ciencias, la cursilería aldeana, la impermeabilidad, en suma, de un mundo opaco. Ante la política y la vida no cabía sino dejarse absorber por la vulgaridad, o aislarse fieramente, si se poseía el medio de hacerlo. A quien osara formular la terrible pregunta de Larra: “¿Dónde está España?”, le respondían como en las ventas antiguas al preguntar qué había de comer: “Lo que vuesa merced traiga”. Había en cierto modo, que inventar y situar a España, comenzando por renunciar a la España visible e inmediata. Una grave ingeniería del espíritu. Si Giner y Cossío se hubieran abandonado a lo usual, habrían poseído enseguida lo que se brinda incluso a cualquier mediano talento. Habrían sido ministros; e ingresados en la fanfarría de la Restauración, hubieran conocido todo eso que se llama éxito: lucir junto al peluche y los cortinones, el aplauso de la Cámara, tresillo con la aristócrata, temporada en Baden Baden, etc. Habrían servido de testigos al hilillo del progreso que se filtra casi sólo por las rendijas de la Historia, y poco más. Todo eso, sin embargo, habría sido hacer que hacemos, arar en el agua, y renunciar al tesoro de posibilidades que se lleva dentro, a cambio de triunfos y vanidades de escasa monta. Giner ha dicho maravillosamente: “Las fiestas del espíritu son las únicas que no co-

nocen lunes." Autonomía, alto señorío de uno mismo, destello estoico, pero sin renuncia de cuanto en el mundo significa alto valor. Ascetas para unas cosas, mas no para otras. La mesa de Giner y Cossío, sencilla y pulquísima, albergaba junto a sí a gentes a tono con aquel ambiente refinadísimo. Entonces el invitar a esa humana cosa que es platicar sutilmente en torno al pan de la cordialidad, representaba una aventura para la clase media, que solía mirar la invitación a comer no como un acto llano, sino como un estropicio familiar y estomacal. El aristocratismo de Giner y Cossío, muy influidos por ciertos contactos británicos, practica la conversación espiritual en torno a la mesa; ellos realizan la misión delicada, llena de trabajo y de responsabilidad, de acoger al extranjero de distinción que aparecía por Madrid, sin saber a qué puerta llamar, y que lograba así una impresión de España muy distinta. No se sabe hasta qué punto ha sido fecunda esta callada acción patriótica, realizada, como todo lo que hacían, sin darle la menor importancia. La salita de la Institución, con sus muebles casi de celda, ha recogido los ecos de la vida europea más exquisita. La universal curiosidad de aquellos hombres hacía posible su relación con personas de las más distintas valías. Sería un placer demorarse en detalles. Mas no es posible.

Estas páginas presurosas, desmañadas, escritas sin ningún reposo, sin método, con lo que buenamente sitúa el recuerdo o la emoción sobre el papel, no habría osado escribirlas en vida de ninguno de ellos. ¡Qué tremendo disgusto! "Pero este hombre, este hombre", habrían exclamado. Qué pena no poder oír su reprimenda y la maravilla de sus rectificaciones.

Cossío se ha ido para siempre. El módulo de su conversar, de su reacción espiritual queda vacío para siempre. Ahora se me ocurren mil preguntas, lamento no haber dedicado tiempo a anotar muchos de sus dichos y recuerdos. Quisiera haber conocido su interpretación última del hecho insólito de haber comenzado a meditar sobre el Greco, y proyectar un libro sobre el entonces estafalario y no cotizado

pintor: antes de 1890. Y quisiera también exponer mi idea sobre ello. El que Felipe II no entendiera al Greco, y sí lo adorara Góngora sería ya una guía. ¡Pero si es que también el Góngora apasionado del Greco era antes de 1890, y hasta ayer mismo, otro solemne demente! Mas todo eso, para quien poseía ojos de alma nueva, se revelaría magnífico. Había, pues, una España maravillosa y desconocida; el impresionismo, Goya y en cierto modo Velázquez, remontaban hasta las líneas equívocas y desazonantes del toledanocretense. En última instancia, Cossío creo que fué al Greco arrebatado por el afán de encontrar fecundas y ampliadas perspectivas a lo español. Este hombre ultramoderno se extasiaba ante la España vieja, que él sabía hacer revivir. El monumento plástico o pictórico formaba para Cossío indestructible unidad con el lugar y el paisaje. De ahí su mediocre estima por los museos, ringlera de maravillas en disposición, por fuerza, exánime y fría. Mas su visión de España, su influjo sobre Sorolla, autor de esa extraordinaria galería de aspectos nacionales que hay que ir a Nueva York para admirar, todo eso demandaría proseguir quién sabe cuánto tiempo. Y el inflexible director me obliga a hacer aquí punto.

AMÉRICO CASTRO.

(*Revista de Pedagogía*, setiembre 1935.)

COSSIO

"Bueno, hombre, bueno."

Mano en el hombro, risa de matices, hirviente efusión, gestos, tiques, la rosa de las voces de cien tonos. Se quita los lentes, que le dejan una huella honda en la arrebolada, simétrica blandura externa, y un momento, en una acomodación difícil, lucha de rayos espirituales y solares; parece que no ve. De pronto, como cuando el sol súbito sale de entre cúmulos revueltos de aurora, su flor nueva asoma entre las enredaderas del ramaje, su irisada estrella del mar entre las algas de la ola. Flor, estrella de mar, espiritual rayo vencedor, plata y azul.

Sí, aquí está ya con sus ojos, las manos de molino en el cielo, fresca la mirada—recuerdo una marina crepuscular del Norte igual a Cossío; marina nubosa, noblemente colorida, con un barco encallado en la costa, agua y cielo trocados, en cuya revolución vigilaba, tranquilo, un lucero—. Se yergue, como un lirio doblado, con una agua nueva—tiene mucho Cossío de tierno vegetal y de rico mineral; pocos hombres me han parecido tan paisaje—. ¡Aquí está ya, dueño de la idea radiante, el ángel anunciador de la gran ala, cogido por un pie!

Hablando él, un jardín se mueve al viento; la tierra olea bajo nosotros, como un mar sólido, y somos todos marineros del entusiasmo. ¿Lo desmaya la emoción? ¿Se ahoga? ¡No, no, que está vivo! Vivo y coleccionando, dinámico delfín. Y como ese fuego apretado y total que se derrama hogar abajo, tesoro fácil, al remover una ceniza rescoldada, se vuelve de dentro afuera, templado el bronce de la dramática, generosa voz, borracho de su espíritu efervescente, erizado de profundas chispas, infinito, trastornado de ojos, vibrante, de una pieza, como la espada desnuda del guardián caído en la “Resurrección de Cristo”, del Greco.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

ESPÍRITU Y OBRA DE UN GRAN ESPAÑOL

Está ya muy gastada la palabra “apostolado”. Su aplicación hiperbólica en numerosos casos, a los que el término acogía con generosa amplitud, le ha hecho perder su valor real. Así, cuando nos encontramos con un caso en que puede aplicarse con absoluta propiedad, nos asalta cierto miedo a que resulte inexpresivo o pálido. Rechacemos, sin embargo, ese temor en la ocasión presente. La obra, el espíritu, la vida entera de D. Manuel Bartolomé Cossío, el gran español que acaba de morir, significan tan íntegramente las circunstancias de una misión apostólica, que nadie se atrevería a discutir su realidad. No en balde se le calificaba a Cossío de “santo laico”. Santo y héroe. Porque no fué en él la santidad graduación moral ad-

quirida en el aislamiento de los peligros del mundo, sino jerarquía conquistada en lucha incesante contra el error, la injusticia, la persecución sectaria y los rencores enemigos.

Cossío, como su maestro y amigo don Francisco Giner de los Ríos, tuvieron que combatir como titanes. Verdad es que la fe en el triunfo los acompañó siempre, y que éste acabó coronando su difícil empresa. La palabra y la conducta fueron sus instrumentos redentores. Y cuando toda una España fanática y oscura los sitiaba implacablemente, ellos, oponiendo la claridad de su espíritu a las tinieblas adversarias, lograron romper el cerco e iluminar un camino por el que irrumpió toda una juventud que es hoy gloria de España en la Ciencia y en el Arte, en la Política y en las Letras.

Creada la Institución Libre de Enseñanza, uno de los orígenes, tal vez el más fecundo, de la actual República española, la obra de Giner se alza ya sobre cimientos firmes. De ella parte, con personalidad original y espléndido acopio, la tarea del discípulo predilecto. Cossío une a la preparación cultural, sólida y profunda, hispánica en las más puras fuentes de su tradición, exquisitamente moderna y europea, dotes pedagógicas que nadie podía superar. Lo mismo en las funciones de la cátedra que en aquellas charlas familiares que gustaba entablar con alumnos y amigos, su verbo educaba siempre. Ninguna ciencia parecía árida a través del encanto de su palabra, ningún yerro o superstición resistía a la intensidad esclarecedora de sus ideas. ¿Métodos, sistemas, procedimientos pedagógicos? Todos eran buenos cuando D. Manuel los empleaba. Y muchas veces, cuando, rodeado de inteligencias juveniles, marchaba por los vericuetos de la vecina Sierra (que él, con Giner, supo descubrir a las nuevas generaciones como espectáculo estético y depósito de salud) y apuntaba una observación sagaz o una teoría difícil simplificada en sus labios, dejaba expuesta, sin darle importancia, una lección magistral. Tal era el maestro. Tales sus extraordinarias condiciones de rector espiritual.

La profusión y solidez de su cultura le permitían calar a fondo en las más variadas disciplinas. Pero donde hubo de cosechar sus mejores frutos, en cuanto se refiere a la investigación erudita, complementada en él con la amenidad descriptiva, fué en la crítica de Arte. De su pluma salió hace ya cerca de treinta años su libro sobre el Greco. Este trabajo admirable, en el que no se deja por estudiar ningún punto importante o simplemente curioso de la estética del pintor cretense, ha sido y continúa siendo la piedra angular de toda la bibliografía nacional y extranjera publicada sobre el Greco. Merced a este profundo ensayo de Cossío, quedó definitivamente incorporado a la historia estética de nuestro arte plástico un pintor que hasta entonces no había sabido entenderse por los investigadores en sus valores sustantivos. Por otra parte, todo ese vasto sector que ha vivificado en la pintura moderna española el genial artista analizado por Cossío debe a éste el hallazgo de su verdadera ruta.

Otros trabajos notabilísimos del polígrafo desaparecido son su *Historia de la Pintura Española*, los tomos publicados de la obra *Summa Artis*, en la que venía colaborando con José Pijoán, a más de infinidad de artículos y monografías que a lo largo de casi toda la vida del maestro fueron viendo la luz en el BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA. Tarea excepcional, por su extensión y calidad, recogida en multitud de traducciones a los principales idiomas. Pero con ser tan valiosos los aspectos mencionados de la personalidad del sabio, hay uno, no ajeno, naturalmente, a su elevada condición intelectual, que en ocasiones graves para España ha fulgurado por encima de todos. Nos referimos a su espíritu democrático, a su liberalismo intachable.

La formación filosófica de Cossío le coloca, desde luego, en la gloriosa corriente del librepensamiento español. Su contacto con el krausismo y otras escuelas filosóficas alemanas, de las que fueron expositores insignes en España Sanz del Río y Francisco Giner, proporcionaron al idealismo de Cossío esa rigurosa disciplina

científica que con tanta fuerza interior y tanta coherencia dialéctica florecen en sus libros. Liberal fué Cossío hasta el fondo de su alma. Bien pudiéramos afirmar que el culto a la libertad lo llevaba por herencia en la sangre, ya que un antepasado suyo, aquel ilustre Flores Calderón, Presidente de las Cortes en la segunda época constitucional, perdió la vida, fusilado con Torrijos y sus compañeros, por conspirar contra el absolutismo fernandino. Tal recuerdo era uno de los nobles orgullos de nuestro preclaro compatriota.

Cossío rechazó siempre esa burda teoría de la incompatibilidad del genio español con la cultura occidental y centroeuropea. No creía tan blando el espíritu de nuestra raza que temiese por su anulación al frote con las ideas extranjeras. Al contrario, veía en ello la manera más eficaz de contrastar y purificar las grandes virtudes raciales, y porque consideraba que, sin perjuicio de ellas, podíamos asimilar valiosos elementos de la cultura ajena, mostróse siempre partidario de una articulación de la ideología española con las más selectas del mundo moderno.

Con D. Manuel B. Cossío desaparece una figura de primera magnitud en nuestra historia contemporánea. Pero su obra no ha sido estéril. Preparó una tierra en la que todas las semillas de la verdad y del arte seguirán dando las mejores cosechas.

(*El Sol*, 3 de setiembre de 1935.)

UN ESPAÑOL INÉDITO

La muerte de Manuel Bartolomé Cossío ha puesto, momentáneamente, sobre el tablero esa cosa tan española que podemos llamar la publicidad personal. Hay hombres, muchos entre nosotros, que toda la vida están en una vitrina como maniqués de sastrería. No perdonan ocasión de descubrirnos, no ya sus rasgos físicos, sino hasta los detalles de su intimidad familiar. Otros, muy pocos, desdeñan estos fútiles honores del proscenio y llevan su drama con decoro, sin que una vanidad pueril des-

componga un momento su elegancia. De estos hombres era Manuel Bartolomé Cossío, que, pudiendo haber sido todas las cosas que entre nosotros se llaman ser algo, prefirió no ser sino él mismo, es decir, un maestro permanente de buenas maneras, de tolerancia activa y de entusiasmo. Estas virtudes no pueden trascender nunca al gran público, y así ha podido darse el caso de que uno de los hombres que en nuestro tiempo han influido más eficazmente en el tono de nuestra cultura superior, haya podido morir casi desconocido y casi calumniado. Calumniado por las izquierdas que, en distintos momentos, quisieron hacer de su nombre una bandera, y calumniado por las derechas que, sin conocerle más que de oídas, le presentaban como un demonio de fanatismo, y aun como un agente impulsor de violencias revolucionarias.

Si ha habido un hombre que haya opuesto más palabras y más gestos, ya que en él el gesto, la mímica, tenía, a veces, un valor dialéctico formidable, a la barbarie española, fué él. "No es esto", "no es esto", repitió muchas veces al desenvolverse el nuevo régimen en el sentido bárbaro que le prestaron sus primeros impulsores. Su sonrisa benévola resbaló sobre tantas actitudes teatrales, tantas palabras vanas, tanto rastacuerismo inelegante y tanta violencia grosera. Era el hombre que veía, prácticamente, en política, la ineficacia de su escuela. Y así, por esto, en este primer período republicano, Manuel Bartolomé Cossío no recibió sino homenajes exteriores, y los hombres más próximos a él que escalaron altos puestos le rehuían, temerosos, sin duda, de su juicio. Primer ciudadano de honor de la República, el hecho solo de pensar que a Manuel Bartolomé Cossío podía halagarle este título con todos los caracteres de lápida sepulcral, era descubrir que se le desconocía en absoluto. Las Misiones pedagógicas fué el único juguete grato para él que le regalaron sus amigos republicanos. Y esto sí que, con todos los defectos que estas Misiones han tenido, corresponde al tono de difusión cultural, precisamente, de difusión hablada que tuvo su vida.

Quizá los hombres que más decisivamente han influido en su tiempo no han sido

escritores, sino conversadores. Así, la obra de Bartolomé Cossío no puede encontrarse en las bibliotecas; mas, sin embargo, palpita en casi todos los aspectos de las actividades españolas. En el tono social de las clases intelectuales, en el rigor crítico, en los métodos de estudio e investigación, en la importancia a los viajes y a los idiomas, en el amor al campo y al agua, en el entusiasmo por las cosas españolas, por todas las actividades españolas que caracterizan nuestra mejor tradición...

Todo esto, hecho simplemente en una escuela de niños, y, entre cuatro paredes blancas, dialogando con hombres.

Quien haya oído una sola vez hablar a Manuel Bartolomé Cossío no se le olvidará fácilmente timbre, tono, vibración, léxico, justeza en el dibujo y el color, humorismo, y aquella dignidad suya para el consejo y la reconvención, y todo envuelto en una acción exaltada, en una sonrisa abierta que rebosaba de los labios y le llegaba a los ojos azules, tan vivos, tan despiertos, tan juveniles...

Con él, muere quizá el tipo más perfecto de liberal histórico que quedaba en España, y posiblemente, el valor español de nuestro tiempo de mayor potencia verbal, y de una simpatía más clara y penetrante. Fueron muy pocos los que le conocieron, menos los que pudieron imitarle. Murió sencillamente, como había vivido, y murió para la masa absolutamente inédito. He aquí un ejemplo de un gran español inédito. Posiblemente Platón fué esto mismo también, un gran griego inédito.

FRANCISCO DE COSSÍO.

(A B C, 6 de setiembre de 1935.)

IDEAS PEDAGÓGICAS DE COSSÍO

Nada más difícil que recoger en el corto espacio de un artículo la múltiple y compleja actividad pedagógica del señor Cossío. Piénsese, en efecto, que a lo largo de su fecunda y laboriosa vida educativa no ha dejado éste un solo día de actuar pedagógicamente, y que para él no existía esa separación entre la vida pro-

fesional y la vida personal, que es corriente entre los demás, sino que siempre se ha visto en él al consejero, al educador, al maestro. Por otra parte, el Sr. Cossío ha manifestado constantemente una profunda resistencia a sistematizar sus ideas pedagógicas y a publicarlas en libros. En realidad, lo que conocemos de él lo es a través de sus clases, de sus conferencias, de sus informes, de sus escasos artículos, predominando, sobre todo, la forma oral. Lo que nos ha dejado escrito no representa, en efecto, la millonésima parte de su actividad pedagógica desarrollada durante más de 50 años en la Institución Libre de Enseñanza, en el Museo Pedagógico Nacional, en la cátedra de la Universidad, en las Misiones Pedagógicas, y, ocasionalmente, en los Congresos de Educación, en el Consejo de I. P., en el Ateneo de Madrid, en la Escuela de Criminología, en la Fundación Sierra Pambley, etc., etc.

De aquí la dificultad, casi insuperable, de exponer en una forma ordenada, sistemática, las ideas pedagógicas del Sr. Cossío. En la imposibilidad de hacerlo, y sólo en calidad de un discípulo que durante muchos años ha seguido sus clases y sus enseñanzas, vamos a tratar de exponer, valiéndonos, en lo posible, de sus mismas palabras, algunas de sus ideas esenciales y que tienen un valor más actual.

Ante todo, tenemos que adelantarnos a decir que el movimiento pedagógico de España en los últimos 50 años ha sido, en parte, iniciado, sostenido y desarrollado por el Sr. Cossío, en colaboración con su maestro D. Francisco Giner de los Ríos. No obstante la homogeneidad ideológica de ambos maestros, existen entre ellos algunas diferencias, nacidas de sus condiciones personales. Mientras que D. Francisco Giner es esencialmente un universitario, el Sr. Cossío, sin dejar de serlo, se dirige más a los primarios. Aquél es más teórico, más filósofo, más escritor, mientras que éste es, sobre todo, educador, artista, maestro. D. Francisco actuó, sobre todo en su cátedra y en la Institución, en tanto que el Sr. Cossío, por su cargo oficial en el Museo Pedagógico, tuvo mayor intervención en la enseñanza pública. Es-

te representaba para aquél el técnico de la educación, aunque ambos fueron estrictamente pedagogos, si bien en distinto sentido.

Para comprender lo que significa la obra pedagógica del Sr. Cossío, hay que representarse la situación de nuestra enseñanza en el último tercio del siglo pasado. Ideológicamente, era el predominio de los últimos y degenerados vestigios de la escolástica, verbales y formalistas, desconocedores del movimiento pedagógico europeo. Ni las ideas de Pestalozzi ni las de Herbart eran apenas conocidas en esa época en España, no obstante la superficial influencia que aquél ejerció a principios de siglo. El influjo de Montesinos y de los pedagogos liberales emigrados se había también perdido. La realidad escolar era aún más deplorable: maestros mal preparados y peor pagados, a quienes se adeudaba meses y aun años de sus misérrimos sueldos; escuelas pésimamente instaladas; métodos arcaicos, memoristas, rutinarios; Municipios, Gobiernos y políticos ignorantes, que no prestaban la menor atención a la instrucción pública, etc., etc.

Contra todo esto tuvo que luchar el señor Cossío; pero no en una forma violenta, acerba, sino persuasiva, constructivamente, haciendo él mismo las cosas, formando maestros, influyendo en los políticos. Su hondo sentido humano, su gran saber histórico le hacían ver que las mejoras necesitadas por nuestra enseñanza y por nuestro país no podían venir por reformas legislativas, ni por discursos, sino por la educación misma, por la paulatina elevación cultural y humana de todos los españoles.

Antes que la llamada generación del 98, el Sr. Cossío, como D. Francisco Giner, predicaron y practicaron a este efecto la "europeización" de España, la incorporación de nuestro pueblo a la cultura europea; pero sin perder nunca el carácter español, el hispanismo profundo, ¡y aún ha habido quien los ha considerado como poco españoles, a ellos, los más archiespañoles de todos, a ellos, los sucesores directos de Séneca, Quintiliano y Vives, con su rigidez ética, su apasionamiento, su afán

de saber y su sensibilidad para todo lo hispánico! Ellos que han redescubierto España, y especialmente Castilla, a los españoles, que les han hecho ver su paisaje, sus hombres, sus monumentos, con sus excursiones a los más ignorados rincones e iglesias castellanos, con sus estudios sobre pintores ignorados, como el Greco, con su *conquista* de la Sierra, con su influencia sobre artistas y escritores como Sorolla, Maragall, Machado, Juan Ramón Jiménez, Moreno Villá, etc. ¿Es que ha habido en los últimos tiempos alguien más español que D. Francisco Giner o el Sr. Cossío? ¿O es que España es sólo la Inquisición y la intolerancia—venidas de fuera—, el fanatismo, la ignorancia y la superstición?

Cuando se escriba la historia de la Pedagogía y la educación españolas, esos dos nombres ilustres ocuparán el lugar eminente que les corresponde; mientras que quedarán poco menos que en el olvido los que entonces—y aun ahora—los han combatido, por lo general, de un modo tan injusto como estúpido.

Pero tratemos de recoger algunas de las principales ideas pedagógicas que el señor Cossío ha expuesto a lo largo de su vida laboriosa y ejemplar.

En primer lugar, nos urge advertir que dos de las ideas básicas de la educación de nuestro tiempo: la idea de la escuela activa y la de la escuela unificada, han sido formuladas por aquél, antes de que fueran desarrolladas por los pedagogos contemporáneos.

El principio de la actividad ha sido siempre una de sus preocupaciones principales. Frente a la pasividad memorista al uso, la educación fué para él esencialmente acción, actividad. Ya en 1879, en el artículo que recogemos después y que puede considerarse como su primer trabajo pedagógico, decía el Sr. Cossío: "Que el niño aprenda jugando, que represente y realice los objetos de sus concepciones; que la memoria deje de ser, como ha venido siendo hasta aquí, el casi único instrumento de la enseñanza; que se amplíen los programas escolares, dando entrada en ellos a las cien-

cias naturales; que se practiquen las lecciones de cosas; que los alumnos trabajen en oficios mecánicos, que no se desatienda el desarrollo físico, etc."

Aun más concluyentes son las palabras de otro artículo, de 1881, sobre lo que él llamaba la educación desde el punto de vista *práctico*, es decir activo: "La antigua educación abandona el aspecto práctico hasta el punto, y es notable, de que, otorgando una importancia exclusiva al pensamiento, a todo enseña menos a pensar. En gramática, en aritmética, en geografía, en cuanto se desea que aprenda (que no es mucho), se le da el trabajo hecho, en vez de ejercitarle en tal trabajo; se le pone el fin sin mostrarle el camino que a él conduce. Es decir, que si algo podría llegar a saber de esa suerte, sería, a lo sumo, lo que han hecho los demás en las cosas que le ocupan, pero no cómo lo han hecho, ni mucho menos a hacerlo él." Y después de un análisis profundo del proceso metodológico activo, termina preguntando: "Hay que repetirlo una y mil veces: ¿qué adelanta el niño con retener en su memoria los resultados conseguidos por otros en el conocimiento de la realidad? ¿Es eso de lo que se trata o de ponerlo en condiciones de *adquirir* y *utilizar* en cada caso aquellos y todos los conocimientos que necesite?"

Y preguntamos también nosotros: ¿puede darse una expresión más perfecta de la autoactividad en la educación, expresada 20 años antes de que Dewey y Kerschesteiner formularan su idea de la escuela activa? Pues aún hay otra expresión más completa de ésta en su discurso de Bilbao, de 1905, publicado después con el título de *El maestro, la escuela y el material de enseñanza*.

Respondiendo a este mismo principio está su preocupación por el *método* más que por los fines y contenidos, característica también de la nueva educación. "Y va siendo más general la creencia de que no es lo que importa por ahora aumentar con nuevas asignaturas el cuadro de trabajo de la escuela, sino que el trabajo resulte mejor hecho; que es relativamente secunda-

rio lo que el alumno ha de aprender, al lado de la manera como ha de aprenderlo; y que el problema está en el método y en el maestro antes que en los asuntos." ¿No parecen dichas estas palabras hoy mismo? Pues fueron escritas en 1879, es decir, hace 56 años. Podríamos multiplicar indefinidamente los ejemplos.

Pero no se trata sólo de ejemplos, que, más o menos parecidos, se pueden obtener de todos los grandes pedagogos del pasado. Se trata de una actuación y una preocupación constantes por la escuela activa, que se revelan en todos sus trabajos y en su labor práctica educativa en sus clases escolares.

De aquí han nacido algunas de las "creaciones" pedagógicas más peculiares del señor Cossío, como son las colonias escolares y las excursiones; la acentuación de ciertas enseñanzas, como las ciencias físicas, el arte, el dibujo, los trabajos manuales; la renovación, desde el punto de vista activo, de las demás, el idioma, la geografía, la historia; su insistencia en la educación física, etc.

La educación era para él, sobre todo, un arte, una obra artística, y la raíz de ésta se halla en la acción. La educación venía a ser así una creación, o, si se quiere, una recreación, en la cual el agente principal no es el maestro, el educador, sino el educando mismo. Véase, pues, si no está en la corriente de la pedagogía actual la antigua concepción del Sr. Cossío.

En cuanto al problema de la escuela unificada, hay que advertir que si bien el aspecto social de la educación, en su modalidad reivindicadora, tal como se presenta hoy, no aparece en el primer plano de la atención del Sr. Cossío, hay, sin embargo, dos ideas esenciales de aquel problema en las que éste, como D. Francisco Giner, se han adelantado a nuestro tiempo. Nos referimos a la supresión de las barreras que separan a la primera de la segunda enseñanza y a la exigencia de una preparación superior, de tipo universitario, para el Magisterio.

En su Informe de 1919 decía el señor Cossío: "En este respecto, lo primero que

se necesita es acabar con los restos universitarios que tiene nuestra segunda enseñanza y convertirla en absoluto al tipo de escuela primaria... Y al decir escuela primaria, se entiende, claro está, no nuestra actual escuela primaria, que apenas existe, sino la concepción esencialmente educadora, que ha ido siempre unida a este grado de la enseñanza..." Y en otro lugar del mismo Informe dice: "Sólo en países de nueva formación, como los Estados Unidos de la América del Norte, más libres que otros del peso de la tradición, tomó la segunda enseñanza, al organizarse, y ha conservado siempre, su verdadero carácter de escuela superior (*high school*), prolongación natural, sin diferencias sustanciales en cuanto a programa y a métodos de la escuela primaria, por ser el que más responde a su naturaleza".

Como se ve, predomina aquí la consideración pedagógica sobre la social; pero aquélla es uno de los fundamentos esenciales de la escuela unificada, y por ella se puede considerar al Sr. Cossío como uno de los predecesores, y aun fundadores, de esta concepción de la enseñanza.

Pero donde llega el Sr. Cossío al máximo de la clarividencia y de la anticipación es al referirse al maestro y al pedir para él la preparación y consideración universitarias.

Su maravillosa conferencia de Bilbao, de 1905, que puede considerarse como el programa de la nueva educación española, está toda ella impregnada de un espíritu de elevación insuperado, como puede verse en las páginas que reproducimos después.

Así dice: "Entonces, persuadidos de que el proceso educativo exige la mayor atención individual en sus comienzos, desaparecerá la jerarquía docente, porque daremos a todo el profesorado, no la misma cantidad de instrucción, pero sí la misma superioridad en aquella que le haga falta, y le retribuiremos igualmente, y gastaremos en ello, yo os lo aseguro, cuanto se necesite..."

"No importa ahora, ni sería ésta la ocasión de decirnos cómo ha de hacerse tal preparación superior del Magisterio. Por

de pronto, la Medicina nos ha enseñado el camino, nos ha dado la fórmula. Suprimió los médicos y los cirujanos de "segunda clase." Hagamos lo mismo. Demos a todos los maestros una misma educación profesional, dentro o fuera de la Universidad, pero universitaria, como en algunos países, Alemania y Estados Unidos, sobre todo, empieza a hacerse. Y mientras esto no suceda, mientras no dignifiquemos la profesión y desaparezcan las categorías del profesorado, que imponen al maestro primario una *capitis diminutio* y lo condenan a servidumbre de cuerpo y espíritu, no tendremos verdaderas escuelas, ni conoceremos el país ni la humanidad que todos anhelamos..."

¿Puede darse una formación más clara para la dignificación y elevación cultural y social del Magisterio? Pues esto se dijo 10 años antes que los maestros alemanes aprobaran en Kiel, en 1914, su famoso programa, que ha servido de orientación a las reformas introducidas después en la preparación del Magisterio alemán, y por las cuales se colocó, en este sentido, a la cabeza de Europa. El Sr. Cossío es el precedente que todos hemos invocado en España para dar carácter superior, universitario, a los estudios pedagógicos, y merced al cual hemos logrado, al menos en parte, tal conquista. ¡Lástima que el Magisterio español, corporativamente, no haya puesto en este punto tanto ahinco como sus colegas de otros países, para que el triunfo fuera completo!

Refiriéndonos ahora a la concepción pedagógica peculiar del Sr. Cossío, podríamos decir que éste, y el movimiento "institucionista" en general, representa la reacción contra el intelectualismo seco y abstracto, el verbalismo y el memorismo predominantes en la educación de su tiempo. Frente a ellos, afirma la educación integral, total, humana; acentúa el valor del carácter y del sentimiento, de la acción inteligente, amorosa; de la creación personal y de la realidad en torno.

Los dos medios más universales de educación son para el Sr. Cossío la naturaleza y el arte. Por un lado, la contemplación de los magníficos espectáculos y obras de una

y otro; pero también la acción, la vida, la realización de ambos. Así surge la magnífica labor realizada por el Sr. Cossío con sus excursiones inimitables, redescubriendo el paisaje y el arte españoles.

Como Rousseau, a quien tanto estudió, el Sr. Cossío es un creyente en la naturaleza como fuente de educación, pero va más allá que aquél, al llegar al arte, a la obra artística, que Rousseau desconocía.

Asimismo en esta preocupación naturalista podría incluirse su defensa de la educación física, del juego y del deporte; pero aquí también va más allá de lo puramente físico al ver en éstos, sobre todo, un medio de educación moral, de cultivar la disciplina, la iniciativa, la cooperación, y especialmente el "juego limpio", el "fair play", la lealtad, la sinceridad, la veracidad.

A esta preocupación podría añadirse también su idea de vitalizar, de hacer viva e interesante la enseñanza. Ya en 1881 decía el Sr. Cossío: "la escuela debe estar en medio de la vida, y ésta, a su vez, debe penetrar en la escuela". De ahí su insistencia en vivificar sus métodos y sus instituciones. Al hablar de la lectura, dice, por ejemplo, en 1887: "Mientras el libro de lectura no sea para el niño tan interesante como una novela..., habremos de reconocer que periódicos como el aludido contribuirán más que el *Juanito* a mantener viva la afición de leer en nuestro pueblo". Esa preocupación se revela en todo, en el juego, en el campo, en la clase, hasta en lo que se llama la vida privada e íntima. Así dice de la comida en la colonia escolar: "Es el momento de la *comida* uno de los que más ocasiones brindan y más puede aprovechar el maestro para ejercer su acción educadora, porque en él se despierta, como en pocos, la intimidad, condición indispensable en toda obra fructífera de este orden. No se trata, entonces, sólo de inspeccionar y corregir aquellos defectos de los niños que se refieren a la comida misma..., sino de cosa más general y de más interés: de su vida entera, que suele manifestarse allí espontáneamente al calor de una conversación en común, libre y amistosa".

En suma, como en los juegos y los depor-

tes, más que el aspecto físico y biológico, interesa al Sr. Cossío el espiritual, los morales, la distinción, la finura.

El españolísimo sentido que ha inspirado toda la obra del Sr. Cossío le ha llevado a preocuparse siempre de la educación de aquella parte de España más abandonada y que, sin embargo, constituye el torso de la vida nacional: la población rural. No ya en los últimos años de su vida, con las Misiones Pedagógicas, sino desde los primeros momentos de su actuación pública se ve esa preocupación.

Así, contra los que aún opinan, incluso desde las esferas oficiales, que a las escuelas rurales deben ir los maestros peor preparados, el Sr. Cossío defendía ya en 1882 la necesidad de enviar a aquéllas “los mejores maestros, no sólo los mejores en el saber, sino en algo más importante para este ministerio: en vocación”; “enviemos — dice — hombres superiores, de elevada cultura, de abnegación sin límites, remunerémoslos, no decorosamente, sino hasta espléndidamente, pero con tal que su vocación sea probada y decidida”.

Y aquí se enlaza otro de los temas preferidos por el Sr. Cossío: toda reforma escolar será inútil si no se cuenta con buenos maestros. Lo importante para él no era la legislación, ni la escuela, ni aun los métodos, sino la persona que haya de aplicarlos; el maestro: “Dadme un buen maestro—dice aquel mismo año—y él improvisará el local de la escuela si faltase, él inventará el material de enseñanza, él hará que la asistencia sea perfecta”. Y en su conferencia de Bilbao antes aludida dice estas definitivas palabras: “Como veis, todo me conduce a daros el mismo consejo. Anticipaos al porvenir. Formad superiormente al profesorado de vuestras escuelas. Gastad, gastad en los maestros”.

En el campo de la política pedagógica, el Sr. Cossío ha tenido a lo largo de su vida una visión que sin caer en lo utópico no ha sido superada ni alcanzada todavía.

Así, en los confusos momentos de nuestro fin de siglo, cuando la tormenta de las guerras coloniales se desarrollaba en nuestro horizonte nacional, el Sr. Cossío presentó en 1899 a la Asamblea Nacional de

Productores de Zaragoza, precursora de la regeneración posterior, un informe que puede servir de guía aún hoy, después de los treinta y cinco años transcurridos. En ese informe se establecen las siguientes bases generales:

1.º Reforma del personal docente existente y formación de otro nuevo, como el problema más urgente, por no decir casi único.

2.º Reforma, interna o externa, de programas, planes, métodos, organización, conforme a lo que hacen los demás pueblos, para no seguir siendo una excepción entre ellos.

3.º Dedicar mucho más dinero del que se aplica a la enseñanza primaria y la popular.

4.º Para acabar con la eterna lucha políticorreligiosa que hace infecunda toda reforma de la enseñanza, neutralización de la pública, como base de concordia y, sobre todo, respetando la conciencia del maestro.

Tales son las reformas, sintetizadas por nosotros, que el Sr. Cossío estimaba que debería introducirse en nuestra enseñanza, hace un tercio de siglo.

Ahora bien, la obra políticopedagógica del Sr. Cossío no ha quedado reducida a la mera enunciación de las reformas necesarias, sino que merced a su influencia se han llevado a cabo algunas de gran trascendencia para nuestra enseñanza. Entre ellas merecen citarse:

1.º La equiparación económica de los maestros y las maestras, en 1883, adelantándose a toda Europa en este respecto.

2.º El intento de llevar en 1886 al presupuesto del Estado las consignaciones de la enseñanza primaria y de crear un ministerio independiente de I. P., lo cual no pudo hacerse hasta 1900 y 1901, respectivamente.

3.º La iniciación y fomento de las colonias escolares de vacaciones, iniciadas por el Sr. Cossío en 1887.

4.º La celebración de asambleas y exposiciones escolares todos los años en las diversas regiones del país (1892).

5.º La creación, en 1907, de una Junta para el fomento de la educación nacional, a la par que la Junta para Ampliación

de Estudios con carácter técnicopedagógico, permanente, que degeneró en un organismo burocrático.

6.º La creación, en 1907, de un grado normal para inspectores y profesores normales, con gran sentido y poco aparato, que se transformó en 1909 en una ampulosa Escuela Superior del Magisterio.

7.º La inspiración de la Dirección general de primera enseñanza, creada en 1911 con carácter técnico y permanente, y convertida después en un cargo político.

8.º La organización de numerosos cursos de perfeccionamiento para el magisterio, mejora del material escolar, de las bibliotecas, de los edificios, etc.

Las reformas de la República en la enseñanza, contra lo que se ha dicho, no han sido inspiradas por el Sr. Cossío, aunque algunas hayan tenido origen en sus ideas. El laicismo, por ejemplo, no ha sido defendido nunca por aquél; lo que ha pedido siempre es el respeto a la conciencia del niño y del maestro; véase a este efecto el último pasaje de su propuesta al Consejo de I. P. en 1922, que publicamos después. En general, las reformas introducidas en los últimos años lo han sido sin el consejo ni la orientación directa del Sr. Cossío. ¡Si se le hubiera oído, otra cosa sería la enseñanza en el momento actual!

La precipitación con que se escriben estas líneas—en medio de afanes y quehaceres inaplazables—nos impiden exponer todas las ideas pedagógicas del Sr. Cossío y dar a las aquí enunciadas el grado de madurez y precisión que requieren. Sirvan, pues, sólo como una ligera anticipación de trabajos sucesivos y, sobre todo, de homenaje a la memoria del maestro a quien debe más nuestra enseñanza primaria y que más influencia ha ejercido sobre la pedagogía de nuestro país.

LORENZO LUZURIAGA.

(*Revista de Pedagogía*, setiembre 1935)

COSSÍO, EL MAESTRO

Del hombre que ha dado lo mejor de sí mismo en el ministerio de la palabra hablada, la palabra escrita jamás consigue

reflejar toda la altura de su misión. Sin embargo, la palabra escrita parece la llamada a perpetuar su recuerdo en el mundo: *verba volant*. Con lo cual tendremos del hombre una imagen imprecisa; las "huellas de su andar espiritual", un "vago conjunto" de su vida de maestro, como dijo una pluma fervorosa al coleccionar, en 1929, los escritos de D. Manuel B. Cossío que forman el libro *De su jornada*, con que un grupo de discípulos quiso señalar la fecha en que el maestro vino a ser jubilado y puso fin a sus tareas universitarias; a su vida pública de educador, podría decirse, aunque siempre le quedara la dedicación absoluta a la Institución Libre de Enseñanza, en las páginas de cuyo Boletín han de rastrearse día por día las huellas de su firme andar de maestro.

Pero no sólo palabras escritas quedan de tales hombres. Vuelan las palabras, es cierto; mas, como las aves, para hacer nido. Y las palabras de Cossío han hecho nido espiritual en la mente de toda una juventud, de tal modo, que la obra del maestro no queda solamente en unas páginas escritas, sino en el trabajo y la acción de otros hombres, convertidos en energía vital. No sólo sus discípulos directos, los que se acercaron a él y recogieron la palabra caliente de emoción, pueden sentirle suyo. En tales hombres, el poder de expansión es grandísimo y alcanza a los que están lejos, quizá a los mismos que ignoran su existencia.

El nombre de Cossío es inseparable de otro nombre venerado, del de Giner, del "Don Francisco", a cuyo lado se formó, como buen capitán, compartiendo las dificultades de la lucha, las incertidumbres del tiempo, los goces del deber realizado. Muerto Giner, en Cossío encontraron los amigos de aquél, que ya eran amigos de los dos, el consejo, la guía, la expresión alentadora, el aviso oportuno.

Desde que se hablaba por primera vez con Cossío, reconocíase al maestro. Su enseñanza era tan suave y sutil, que se envolvía a lo mejor en una pregunta. Al contestar, el preguntado sentíase mayor, veía más claro dentro de sí. Y luego, aquel fervor comunicativo, ya se tratara de un es-

pectáculo de la Naturaleza, de una obra de arte, de una duda momentánea en el correr de la vida...

Con la generalidad de los ánimos en contra, la Institución Libre de Enseñanza, obra principal de Giner y Cossío, la *Institución*, fué abriéndose paso, sin prosperar materialmente, pero con tal éxito, que hasta sus enemigos mayores, los partidarios de una estricta educación confesional, vinieron, andando los tiempos, a adoptar e imitar los procedimientos y prácticas de la Institución. En el seno de ésta comenzaron a manifestarse, aplicadas a la enseñanza desde la edad infantil, las tendencias libertadoras del "libro de texto", emancipadoras del exclusivismo memorista que privaba en las escuelas; las que reemplazan la disciplina del temor por la familiaridad entre el maestro y el discípulo, las que dan al juego y al deporte un rango educativo eminente, las que estimulan, mediante la excursión y la visita al museo, el contacto directo con la Naturaleza y con el Arte.

De Madrid salían para sus alrededores, con todos los inconvenientes de la comunicación difícil, grupos de muchachos, guiados por hombres de la Institución, mucho antes de que se desarrollara el movimiento actual y que los medios cómodos, rápidos y baratos poblaran y animaran la sierra, llevaran a las ciudades próximas caravanas de visitantes. Los museos, antes desiertos, empezaron a verse asistidos de público.

No; no está sólo en las páginas de unos libros la obra de Giner, de Cossío, de sus compañeros y alumnos inmediatos. Está, más todavía, en la formación de un espíritu al cual España debe mucho; tanto, que sin ser precisamente tendencioso en política, ha venido a esclarecer y apoyar lo más vivo y puro de la República del 14 de abril. Cuando se designó como Ciudadano de Honor a Cossío, la República española no hizo más que reconocer esta deuda.

Más bien alto que bajo, en punta la barba encanecida, brillante la mirada tras los cristales de sus lentes, había en la voz y en el ademán de Cossío al hablar una vibrante fuerza persuasiva, que dejaba grabadas sus palabras en la mente de sus interlocutores, del oyente admitido a una de

sus conferencias. Quien haya llegado a seguir no más una lección suya en el Museo del Prado, no olvidará fácilmente la disertación, que, huyendo del tono doctoral, estaba llena de incitaciones, de llamamientos al juicio personal, jamás violentado ni cohibido por la autoridad del maestro; lección hablada que, al pasar a lo escrito, por fiel que fuera la versión, perdía la mitad de su fuerza eficaz.

Uno de los epígrafes que agrupan algunos de los escritos de los coleccionados en el libro *De su jornada* es éste: "El arte de saber ver". Con tan pocas palabras, mejor que con largos rodeos, se explica la esencia de la pedagogía de D. Manuel B. Cossío.

¡Saber ver! Ir al mundo con los ojos abiertos, para enterarse por sí mismo de las cosas, sin esperar interpretaciones dogmáticas, pero dotando a los sentidos de la preparación indispensable para no ceder tampoco a su falacia, su debilidad o su rutina; no corregir a la Naturaleza, sino cultivarla como el labrador su campiña. A esto se dirige, en suma, a través del estudio de sistemas y del conocimiento de doctrinas, el pedagogo para quien el mundo es, no cifra numérica abstracta, sino ser de razón, individuo con alma propia y horizonte suyo. Una parte crítica de los sistemas en uso; otra parte expositiva y analítica de las tendencias vivas en los países mejor entregados a estudios pedagógicos; otra parte práctica, que surge, naturalmente, de la experiencia adquirida, como es de ley, porque ser maestro equivale a estar aprendiendo constantemente, y del discípulo en primer lugar: de todo esto se halla reflejo en las páginas del libro citado, que viene a ser como un retrato de Cossío en sus diversas actividades, todas las cuales concurren a su labor magistral.

De ella, lo más accesible y generalizado está en sus escritos de Arte; en alguna cartilla para excursión, que puede considerarse como el tipo ejemplar de un género tan extendido hoy gracias al incremento del turismo; en la primera exposición histórica de la pintura española hecha con criterio moderno y encerrada en los tomos de cierta *Enciclopedia Popular*

Ilustrada de Ciencias y Artes, que se publicaba en 1885; en su libro fundamental acerca del Greco; en su inspiración y colaboración para *Summa Artis*, en que, con José Pijoan, va trazando la evolución general de la historia artística.

A los tomos en publicación de esta obra ha consagrado sus últimas actividades, cuando, postrado en el lecho, conservaba aún su espíritu lúcido y sus manos prontas. A ese libro y a los cuidados nunca interrumpidos de sus más hondos amores: la Institución, el BOLETÍN, últimamente las Misiones Pedagógicas. Toda la autoridad que le dió su estudio sobre el Greco, base de todo lo que se ha hecho con posterioridad en el mundo, por sí sola, nada es en comparación con su autoridad íntima, con su influjo personal. Y eso que en aquel libro era uno de los primeros hombres que, con formación adecuada y espíritu amplio, había "sabido ver" en el Greco, a quien todos tildaban de extravagante, sin encontrar en él, no ya uno de los pintores esenciales del alma española, sino algo más sencillo y menos reconocido entonces: un pintor.

Esta personalidad de Cossío como estético e historiador del Arte es el rasgo que principalmente le distingue en su obra educativa, como cooperador y continuador de Giner de los Ríos, a quien tampoco, según todos saben, le fueron ajenos los temas en que Cossío ha dejado huella tan honda. Para Giner guardaba siempre una palabra, maestro; la misma que hoy puede ponerse junto al nombre de Cossío, con emoción y gratitud, al recordar su larga vida, consagrada al "saber ver" en los paisajes, en las obras artísticas y en los espíritus. Una vida pura, de maestro.

E. DÍEZ-CANEDO.

(*La Voz*, 2 de setiembre de 1935.)

COSSIO

¿Qué ha sido en España D. Manuel Bartolomé Cossío, que acaba de desaparecer? Es difícil decir todo lo que ha sido. Pero puede asegurarse que hoy la muerte de

ninguna otra persona haría llorar a tantos españoles nobles como la suya. Yo no fui su discípulo directo, como lo fueron tantos otros hombres de mi generación. Sentí desde lejos su influencia y, quizá por esto mismo, la sentí con mayor pureza, sin nada que no fuera estrictamente suyo, y ya deshumanizada, como la claridad de un astro que no se ve. Y acaso también porque nada de lo que viene de los hombres me llega tan directamente al alma como aquella luz de serenidad que emanaba no sólo de su magisterio intencionado, sino, sin darse cuenta, de cada acto de su vida.

Lo que ha sido Cossío en la historia del arte y de su crítica lo habrán dicho ya los que lo saben bien. La maravilla de su obra la veo yo en el hecho de no haber escrito más que un solo libro y con él haber logrado la inmortalidad. Solía quejarse de que escribía poco, acaso para responder a las instancias de los que le pedían, como a todos nos piden—los otros y nuestra propia ligereza—, cuartillas y más cuartillas. Su bondad buscaba mil pretextos para disculparse ante los demás. Pero la conciencia de la eternidad que él, como otros raros hombres de excepción, tenía decía seguramente que su obra estaba para siempre hecha y que nada había que añadir. No sólo ha dicho al mundo en su libro único y total lo que fué el pintor más universal de cuantos hubo y, por ello mismo, el menos conocido por los hombres, sino que al descubrirlo levantó el velo de muchos rincones del alma misteriosa de esa Castilla—que es España—que tanto amó y que en tanta medida ha contribuido a crear. Eso de "hacer patria" se dice cada día y de cualquiera... Pero él sí que la hizo, forjando con el material que Dios dejó, los conceptos exactos, que es como unos pocos hombres colaboran con la obra divina.

Solemos creer que la medida del tiempo es nuestra vida, y por eso quisiéramos llenarla de nuestras pobres invenciones. Sólo los seres excepcionales aciertan a proyectar sobre su propia existencia la eternidad y a medirla por ésta. Sólo ellos saben que la obra no es latitud, sino profundidad, inexpugnable a la emulación de los días y de las generaciones.

Pero Cossío necesitaba, además, su tiempo para hablar. ¡Qué cosa! Solemos decir que la palabra es fugitiva y que el viento de cada día se la lleva. Y es cierto para la humanidad de casi todos los hombres. Mas el que tiene el don de la palabra viva, ardiente, cada una con su alma, ése la deposita en su tiempo, aunque sea uno solo el que la escuche, con la certeza de que fructificará. Tiene algo divino esta actitud de estos hombres, distintos de los otros, que nacen con la palabra henchida de mágica eficacia. Lo que en los demás brota trabajosamente y se guarda con avaricia para crear con ello el libro, el poema o el discurso, estos hombres lo van dejando caer, con la naturalidad de la luz, al correr de la vida—sin pensar en la ocasión, ni en la calidad del oyente, ni en su número—, con una generosidad que parece estéril despilfarro; y es—ellos lo saben—certeza de que de aquello, que parece tirado al azar, ni una brizna se perderá.

El que haya hablado con Cossío puede decir que ha recogido del mundo una de aquellas emociones que muy pocos alcanzan. Yo repito ahora lo que dije en el primer balbuceo del dolor que me produjo la noticia de su muerte. Quien haya pasado una hora en aquella celda blanca, que iluminaba con luz suya la mirada azul y la palabra medida y serena del pulcro y noble anciano, en el que convergían milagrosamente tantas venas insignes de civilización, ese podrá contar a sus hijos la gloria de haber vivido a la vez que una de las cumbres cimera del alma eterna de España.

G. MARAÑÓN.

(Ahora, 6 de setiembre de 1935.)

COSSÍO

Cossío, como su amigo y maestro don Francisco Giner, era hombre de espíritu franciscano. Tendían, tanto el uno como el otro, en un país como el nuestro, áspero y de dogmatismos violentos, hacia una obra de paz. Ninguno de ellos tuvo un sistema único y cerrado de filosofía o de pedagogía.

Eran hombres más bien de una tendencia al sincretismo, que pensaban y querían aprovechar diversas teorías y principios en un sentido pragmatista. Esto es lo que menos perdona el fanatismo. Acepta al enemigo violento, al que lo niega y al que lo insulta; pero al que lo reconoce en gran parte, a éste no lo acepta, a ése lo odia, y su existencia sólo indignación le produce. Yo conocí a Cossío unos días después del atentado de Morral. El Gobierno comenzaba a hacer registros y detenciones arbitrarias; unos cuantos escritores exaltados fuimos a ver a Cossío y a Giner para preguntarles si no creían llegado el momento de comenzar una guerra fiera contra los Poderes constituídos. Naturalmente, ellos no lo creían. Esta táctica estaba fuera de sus tradiciones. Después vi a Cossío varias veces en el estudio de Sorolla con Giner, y uno y otro me decían:

—Usted tiene algo de la violencia del Greco.

Giner, al ver el retrato que me hizo el pintor valenciano, me indicaba sonriendo:

—Se ve que es usted de la raza de San Ignacio de Loyola.

Tanto Cossío como Giner tenían condiciones de simpatía y de captación. Por eso, algunos enemigos, hostiles a su obra y a ellos, los llamaban los jesuitas de la acera de enfrente. La obra de ambos, más personal quizá que ideológica, como la de algunos antiguos maestros griegos, ha tenido una gran influencia en la cultura española, y no es muy seguro que sus adeptos y discípulos hayan podido heredar, con sus ideas, sus modos de obrar humanos y su hostilidad por la violencia y por las concesiones dogmáticas.

PÍO BAROJA.

(El Sol, 3 de setiembre de 1935.)

HA MUERTO EL SEÑOR COSSÍO

Era el mejor y el primero de los españoles contemporáneos. Y muere cuando más falta nos hacía. Yo no he conocido hombre tan cabal y perfecto ni en la His-

toria ni en la vida. Aquí mismo, en estas columnas y en esta sección, hicimos hace ya unos cuantos años una semblanza suya, que resultó, sin esfuerzo, definición de la sabiduría. Muchas otras cosas definía con su persona el Sr. Cossío. Cabalmente la elegancia. El Sr. Cossío no era la suprema elegancia; era la elegancia misma. Por natural y sencillez. Jamás la afectación, ni en la conducta, ni en la palabra, ni en el gesto. Pulcro siempre, siempre exquisito. Su conversación era de veras un manantial deleitoso e inextinguible que brotaba para todos. Y siempre, siempre, sobre vuestros intereses y preocupaciones; nunca sobre los suyos. Este desinterés por lo propio y este derramarse, espontánea y libremente, sobre los demás, con pura y limpia simpatía, es característica que vale para el Sr. Cossío y nada más que para él. Le hace hermano carnal de Sócrates. Y de nadie más.

Esta simpatía universal sincera le llenaba de gracia. Le envolvía en atmósfera celestial, que glorificaba a cuantos se acercaban a su persona. Y luego de tocarle, no hubo ingratitud capaz de romper el lazo de amor recíproco.

Conocimos al Sr. Cossío en La Granja. Tiene aquí una casita la Institución. A esta casita vino algunas veces a pasar el verano el Sr. Cossío. Trabajaba durante toda la mañana y parte de la tarde. Paseaba luego y acudía a los peñascales de la fuente de la Rendija, para contemplar el llano y la sierra a la puesta del sol. El señor Cossío era definitivo en percibir y en mostrar la belleza. Lo saben todos los que han mirado con él, y su libro sobre el Greco lo demuestra.

Y el Sr. Cossío estaba enamorado de esta pobrina provincia nuestra. Nació en Haro, pero se sentía más segoviano que logroñés. Sus recuerdos infantiles, muy frescos, muy vivos, no eran de Haro, sino de Sepúlveda y Cuéllar. En Sepúlveda pasó temporadas de su infancia en la casa señorial de los Cossío, y la luz y la poesía de Sepúlveda la tenía siempre en los ojos. En Cuéllar vivió ejerciendo su padre el cargo de juez de instrucción. Allí fué a la

escuela, correteó por las calles y plazas, montó en los borriquillos de los aldeanos que acudían al Juzgado. Sus recuerdos de Cuéllar eran muy vivos. Ya tenía setenta años cuando volvió por primera vez a Cuéllar. Quiso visitar la casa donde había vivido. La encontró fácilmente, pero muy trasformada. Pidió permiso para ver las habitaciones, ahora diversas y con destino diferente, e iba diciendo a la mujer que le acompañaba: Aquí estaba la cocina, aquí había una alcoba, este tabique no estaba; en este sitio han cerrado una ventana. Con absoluta precisión.

El Sr. Cossío ha conservado hasta última hora la esperanza de recobrar salud suficiente para realizar diversos proyectos antiguos. Uno de estos proyectos era escribir un libro sobre el arte y la tierra segoviana. Conocía perfectamente nuestros pueblecillos y habría hecho un libro maravilloso describiendo la belleza humilde y recia de nuestros campos y aldeas. Es gloria que perdemos al perderle.

No quiso nunca el Sr. Cossío honores ni cargos. Pero dió siempre todo lo que se le pidiera y consejo a quien se lo demandaba. De la misma manera a los ministros que a los maestros de escuela. Esta ha sido su intervención en la vida pública española, en la política. A él se le deben muchas cosas, sobre todo en el orden cultural. De una o de otra manera, el señor Cossío presidía un gran número de instituciones culturales. Ante su prestigio se estrellaban los ataques de los oscurantistas españoles. Arreciarán ahora los ataques. *El Debate* y la Ceda harán cuanto puedan por deshacer o invertir aquellas instituciones, y es muy posible que no acierten a defenderlas los que las estiman.

España entera habría de vestir luto, y la España liberal habría de arañarse el rostro.

COBOS.

(*Heraldo Segoviano*, 8 de setiembre de 1935.)

Visado por la censura.

Madrid.—Imp. de J. Cosano.—Palma, 11.